This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 857,142

1837
ARTES VERITAS SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

863
M843

BIBLIOTECA CALLEJA
PRIMERA SERIE

J. MORENO VILLA

EVOLUCIONES

OBRAS DE J. MORENO VILLA

GARBA *(poesías).*

EL PASAJERO *(poesías).*

LUCHAS DE PENA Y ALEGRÍA *(poema).*

EVOLUCIONES *(prosa y verso).*

Jose MORENO VILLA, 1887-

EVOLUCIONES

CUENTOS, CAPRICHOS, BESTIARIO EPITAFIOS Y OBRAS PARALELAS

MCMXVIII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1870

MADRID

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1918 BY
JOSÉ MORENO VILLA

Suarez
Spanish
11-10-1922
Gen.

Artes Gráficas MATEU.—Paseo del Prado, 34, Madrid.

EVOLUCIONES

29 Nov. 22. E.H.W.

410680

CON GARCILASO

... busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos
sin miedo y sobresalto de perderte.

EXPLICACIÓN

TRES son los sentidos que se pueden dar a la palabra o mote con que se bautiza este libro. El primero es pintoresco, metafórico; el segundo, algo alambicado, metafísico; el tercero, juguetón y natural.

Para explicar el primero me sirvo de los aviones, esos pájaros (no esos aparatos) que, durante los crepúsculos vespertinos, acuden sobre las anchas plazas y los puertos de mar a describir giros veloces y sibilantes, a subir y bajar, a trazar curvas, elipses y figuras arbitrarias. Aquel ajetreo, aquel ir y venir, aquel desenredar figuras lineales inconsecuentes en el espacio, me parece imagen, si no cumplida, aproximada de mi libro.

Para explicar el segundo hay que creer en la facultad evolutiva de todas las cosas.

La facultad evolutiva del pensamiento es la que llena de novedades sin fin los silos de la conciencia, del arte y de la vida.

La facultad evolutiva es la bengala mágica, el palito de virtud que empuña el poeta.

Pero esta facultad evolutiva del pensamiento tendría poca fuerza si los objetos y las presen-

cias todas del mundo que nos cercan no solicitaran también una evolución ininterrumpida.

Si del granito de arena pasamos al dolmen y al sillar con que se fabrica el palacio, y a los cimientos que sostienen la catedral, y a los fundamentos del mundo y de la vida y a los peldaños que forman la escala celeste, es tanto por la facultad evolutiva de mi pensamiento como por la que vive callada en el granito de arena.

Para explicar el tercero hay que hacer un poco de historia.

Hace ya varios años emprendí un viaje raro en compañía de unos hombres sabios; es decir, raros también. En ese viaje está el origen de la mitad de este libro. Dimos, sobre el mapa de Castilla la Vieja y la Rioja, unos cuantos saltos de cabra montés. Aquello fué vertiginoso. Yo no sé lo que mis amigos, los sabios, sacarían de tales piruetas en el espacio. Yo saqué bien poco: unas cuantas notas de sabor agridulce, la visión movida y, por lo tanto, poco precisa de unas aldeas, unos edificios, unos rasgos de costumbres genuinas, y..., eso sí..., un gran apego al arte medioeval, debido, sin duda, al baño de misterio que le envuelve, encanto éste sin el cual no creo posible arte ninguna.

Recuerdo la visita a la catedral de Palencia. Bajamos a estudiar las medidas y planta de la

cueva de San Antolín. Tenía un palmo de agua el suelo, y era tanto el frío de sus paredes benditas, que —en pleno mes de Agosto— cada cinco minutos había que salir a buscar la caricia furiosa del sol. Dije «paredes benditas» porque lo son y están probadas de santidad. Las raspaduras de su piedra caliza, echadas en un vaso de agua, curan no sé qué molestias del estómago, según las vecinas.

Así como también estas paredes devuelven, o infunden —porque ello no está muy claro—, el talento a los chicos con sólo golpearles la sesera contra ellas.

Este recuerdo, de digna memoria, saqué de Palencia. Luego estuvimos en Burgos, pero no vi nada en aquella visita. Mi segundo recuerdo es de Haro. Casi todas las calles están ocupadas por hombres y mujeres sentados en sillas, haciendo alpargatas.

Hay en Haro rincones bellos de línea y de color. Tiempos después he reconocido uno de ellos en un lienzo de Zuloaga.

De Haro en adelante puedo precisar poco más. Recuerdo que alquilamos un coche para ir a Santo Domingo de la Calzada y que con nosotros venía un cura, también en calidad de sabio, el cual, no sé si por las irritaciones de un viaje tan duro y sostenido o porque el vinillo

de Haro no le cayera bien, se tuvo que apear repetidas veces, meterse en los sembrados y remangarse los hábitos.

Al anochecer llegamos a Santo Domingo. Ya no recuerdo si hubo cena. Creo que no. Nuestros cuartos, en la posada, caían sobre el establo. Todo era de madera. Unid esto a la fiebre de agosto y no tomaréis a locura ni capricho el que yo durmiera, o mejor dicho, velara, en camisa de dormir, toda la noche en el balcón.

Muchas veces, en otros viajes, he renegado de los viajantes de comercio; pero el hecho es que por donde ellos van hay fondas. ¡Lástima que a los jóvenes de Santo Domingo de la Calzada no les guste el paño de Sabadell!

Me olvidaba de algo que siempre recuerdo con gusto. Vi en la Iglesia Mayor un enorme gallinero, una verdadera habitación, a unos tres metros de la solería, con verja dorada, en una pared del crucero. En el interior se agitaban y cacareaban un gallo y una gallina blancos, según ritual. Por lo que me dijo el sacristán, no se trataba de la ofrenda venusina de las tórtolas; era una tradición que arrancaba de un milagro hecho por Santo Domingo. Lo único un tanto lamentable es el desgraciado olor a gallinácea que flota en el aire. Tampoco es muy edificante para un forastero sentir que al punto

y hora graves, en que el oficiante se recoge para la consagración, cruja en el ámbito del templo la estridencia del cacareo.

De allí fuimos a San Millán de la Cogolla, pasando por Berceo, aldeuela tapizada de paja y boñigas.

El paisaje es bonito por allí. Verdes laderas, colinas suaves, sin horizontes abiertos.

¡San Millán de la Cogolla! Aquí sigue habiendo monjes todavía, en el monasterio de Yuso, o de abajo, que en San Millán de Suso, o de arriba, no queda más que el edificio mozárabe y la viga del milagro, que se halla incrustada en un pilarote. Dice la tradición que estando en fábrica la iglesia, y los obreros colocando una viga, vieron que era corta y que ya no era posible retirarla sin peligro. Entonces, ante los votos de los monjes, hizo San Millán que la viga creciera un palmo o dos, a la vista de los concurrentes.

Después de esto volvimos, por Berceo, a la bonita villa de Haro, y de allí, no sé por dónde ni adónde. Sé que estuve también en León.

Los años han pasado desde aquel primer viaje por pueblecitos españoles. Es cierto que saqué poco fruto en aquel entonces y que las molestias sobrepujaron a las comodidades y a las gratas emociones; pero nada es baldío en absoluto:

Después de aquello ha venido a ser casi un deseo pertinaz en mí el recorrer aldeas y villorrios antiguos. Nada hay en España que tenga mayor misterio. Parece, en ellos, estancada la vida en siglos muy pretéritos, en siglos que ya nadie, en ninguna parte del mundo, puede saborear. Estoy, en realidad, ligado a la Edad Media, sujeto por su misterio. Sus realidades vivas, groseras o delicadas, espirituales, sensuales y grotescas, me asaltan de un modo discontinuo a lo largo de mi vida ciudadana madrileña.

Las emociones de aquel primer viaje no digo se reflejen en las páginas que siguen; pero entiendo que la viga de San Millán, la aldea de Berceo, las gallinas de Santo Domingo, las alpargatas de Haro y la cueva de San Antolín fueron buenas bases para templar un espíritu juvenil férvido, amigo de lo sobrenatural y seráfico. Sobre tales bases estudié luego la catedral de León, y del contacto con el mundo grotesco del gótico, lleno de alimañas, salió la serie del *Bestiario*.

La primera cosa suscitada por el viaje fué un cuento. Luego, caprichos medioevales, pensando en el mundo románico y en el gótico, y como consecuencia de lo grotesco, una mirada a los bufones del Museo del Prado, y, por último, la serie del Bestiario.

El segundo libro, de otro carácter ya, tiene por arranque un artículo en que se comparan dos lápidas sepulcrales: una cristiana y la otra griega. Mi pensamiento evolucionó entonces hacia la poesía lapidaria.

Las poesías sueltas que siguen a esta serie de *Epitafios* representan aquí esas labores paralelas y, en cierto sentido, secundarias que todo hombre ejecuta al cabo del año. En realidad, ellas son lo único nacido sin evolución, al menos, sin evolución explicable ya.

LIBRO PRIMERO

EXIMINO, EL PRESBÍTERO

Eximinus presbiter scripsit;
Era 954.

I

Dejó el lecho áspero en que dormía y se vistió la ropa talar. Eran las cinco de la mañana. Bajó, a través de las tinieblas, hasta la fuente del patio, en la que dejó el frío mojándose la cabeza y las manos. Esta sencilla ablusión le hizo añorar el baño de otros días. Todo su pretérito vivir musulmán pasó como una cinta novelesca por su memoria, con relieve, color y movimiento. Pero la espina de una acción reprochable, esa, no pasó. Asentada en la puerta misma del alma, todo lo que del mundo venía, o lo que ella rumiaba, había de arañarse en aquella punta aguda. En silencio dijo:

«Tullida mi alma ¿qué pude hacer? No tuve brío de varón y me escondí entre unos fardos, como el conejo tímido. Dejé indefensa a Zadí. Los asaltantes la sustrajeron de nuestro hogar. Fué una mala acción la mía huyendo, rehuyendo la defensa y el peligro. Pero Dios me puso dentro del cuerpo un alma sin alma. La mata endeble del campo, que no resiste el peso de una mariposa, es la imagen misma de ella. Por

esto, los enemigos de Aláh se llevaron mi zafiro. Zadí era la piedra azul transparente, a cuyo través la vida era un templado y dulce afán. En la barahunda del asalto perdióse. Cuando los enemigos de Aláh se alejaron me ví solo y la vida empezó a ofrecérseme bajo nueva máscara. Vino primero la confusión, después la miseria.

Hace ya diez años de aquello. Mi Zadí tenía diez y seis; yo, veinte.

Pobre me ví entre los pobres, porque yo carecía de virtudes guerreras o cristianas.

Un monje, un día, dedujo, mirándome a la cara, mi origen musulmán. Me llamó y me dijo:

—Tú perteneces a la gente del Sur. Harapiento vas y no estás tullido. ¿Qué oficio practicabas entre los tuyos?

—Señor, nunca tuve oficios. Amaba y leía.

—Tanto más debe dolerte ahora la pobreza, si vivías con holgura y bienestar. ¿No saben de ningún trabajo tus manos?

—¡Míralas!

—Manos de caballero son; nada deshizo la pureza de sus líneas. Sólo veo una huella en el dedo del corazón.

—Es de la pluma y del pincel. Me gustaba copiar los buenos libros.

—¿Ves tú? ¡Y decías que tus manos eran inexpertas! Si es tu gusto ya tienes trabajo.

Y me llevó al cenobio. Allí me fueron educando en la nueva idea. A la luz celeste de mi zafiro vino a sustituir una visión rosada y henchida de promesas, que me arrebató y me hizo arder como una mecha rociada de aceite de oliva. Comencé a copiar libros santos que me encomendaban. Pero sus adornos en color no me satisfacían y los fuí sustituyendo por otros de mi invención. Fueron muchas las alabanzas que atrajo mi faena, si bien yo las tomé por superfluas porque ninguno de los felicitantes era maestro en mi oficio. Mas subí a los ojos de mis hermanos y subí en jerarquía. Después, el tiempo fué mitigando aquel delirio novel y fué un deslizarse mansamente la vida para mí. Lo que se me pide en la tierra no es duro de hacer. Vivo sin zozobras ni luchas. Se me pide, solamente, mansedumbre para mi labor pesada y lenta. He aquí que mi alma tullida dió con su marco.

¡Ay! ¡Si la espina de la mala obra resbalase de mi alma! Sólo aquella traición rompe mi paz.»

Pero este resquemor, este molino lento que se agitaba en su conciencia no era suficiente para arrancarlo de la apatía. Su voluntad desmadejada y su terror ante los obstáculos conducíanle —góndolas de ébano suave — sobre la lisa planicie de un lago grasiento.

Por el claustro bajo, en la penumbra todavía, pasaban lentas las sombras de los monjes. En el cielo alto, frío e incoloro, que se ve desde el patio, los luceros vigorosos resistían el empuje de la luz cercana y se les veía temblar, temblar, como espirantes.

A esta hora de alba, como a la del ocaso, los objetos se destacan por siluetas negras e incorpóreas sobre los fondos luminosos. Las ramitas secas de los árboles ofrecen un aspecto insospechado. Eximino, como los pintores asiáticos, se ha fijado en esos aspectos de las cosas cuando nace o muere el día.

Eximino caminaba a lo largo del claustro de una manera automática. De vez en cuando, sus pensamientos llegaban a una tensión tal que le cerraban la marcha. Los nudos de la conciencia pueden anudar los pies.

Sonó la campana y entró en la iglesia. La celebración de la misa fué un suplicio aquel día porque le acosaban sin cesar visiones y recuerdos. Hubo momentos en que hasta creyó distinguir palabras lejanas. El pobre monje se batía con las sombras irresponsables del recuerdo.

Cuando salió de la capilla y cruzó el patio para subir a su cuarto de faenas, al *scriptorium*,

ya la luz de la mañana corría en triunfo, y vimos su figura espigada y seca, un tanto doblada ya por la espalda. Eran los diez años de escriba, los diez años inclinado sobre el tablero.

Llegó al cuarto, que estaba en lo alto de la torre. Iba a comenzar el trabajo. Aguzó las plumas, miró los punzones, escogió las tacitas donde tenía las tierras o colores disueltos, y se puso a la tarea. Ahora traza la silueta de un pavón, luego la de un ciervo, luego la de un pez. Son figuras esquemáticas. En la boca del pez pondrá una hojilla rizada; por cresta caprichosa le pone al ave una gracil campánula. Y para pintar escoge dos entre aquellos colores que tiene delante, que él llama *cardino, vermicio, pardo, viri, indicum y cernul,* y le tiñe al cuadrúpedo las patas de un color por la parte de fuera y de otro por la interna. El capricho anda suelto. Eximino, hay ratos en que se distrae como un niño con sus juegos. Pero cuando no logra encajar una silueta o no le satisface la solución del adorno, deja el punzón y se asoma al ventanuco de la torre.

Ya la mañana es un himno triunfal en los campos. La vista se engríe, se zambulle gustosa en la profusión de colores y en las variantes de la luz y en los giros de las sendas y los arroyos.

Al pronto, Eximino, pierde hasta el pensamiento mismo.

Pero cuando sale del arrobo y decide proseguir la tarea, anda unos pasos y vuelve la cara temeroso de romper el hilo que le une a lo que hay tras los montes aquellos lejanos y azules, leves según creencia de los ojos, invencibles y graves según dice el corazón.

Se pasa las manos por los ojos; se sienta y escribe un momento. Luego deja otra vez la pluma. Es evidente que no puede escribir. Zadí aparece sobre las negrillas letras del códice. Apenas puede reconocerla. Sus vestidos ya no son aquellos tan leves, tan abundosos, tan refinadamente encubridores de su belleza. Va descalza, mal peinada; parece una miserable. Arrastra una criaturilla de la mano. Con ese aire de los mendigos tristes que se esfuerzan por sonreir, se acerca a un grupo de soldados. Uno de ellos le empuja y le hecha con modales bruscos.

Eximino vuelve a pasarse las manos por los ojos, y luego, sin aparente emoción y deseoso de librarse de aquella estampa fija, dice: «No es nada. Son cosillas de aquí dentro.»

Pero la paz no vuelve. Su monólogo sigue de esta manera:

«¿Qué fuerza clara hay en mis pensamientos hoy? ¿Por qué veo aquellas cosas lejanas con

un sentido más hondo de mi responsabilidad? Hoy por vez primera comprendo la vida como lucha y no como sueño manso. Ayer y siempre la novedad, el sobresalto, el ataque, la alegría, la salud, el pan, los veía llegar impasiblemente, justificados de antemano. Hoy creo que el hombre ha de dar la cara a lo que llega, con el espíritu lo bastante despierto para rechazarlo o acogerlo dignamente.»

El pobre Eximino comprendía esto a los treinta años. Después de estas consideraciones, algo más tranquilo ya, cogió la pluma y trazó un pájaro lleno de gracia y espíritu. Entre las alas, y en caracteres microscópicos escribió: *Emeterius presbiter scriprit. Mementote mei.*

En seguida se puso de pie, cerró el códice de pergamino, sobre el cual había, como la barra sobre el yunque, encorvado su cuerpo; miró por la ventana el campo una vez más, bajó al patio, empujó la puerta y salió.

Ningún monje le vió salir. Nadie tampoco le vió volver.

Cuando pasaron días y meses, el abad dispuso que otro monje continuase la escritura del códice. El sucesor, ni corto ni perezoso, escribió al margen de la columna terminada por Eximino la siguiente nota: *Hic obiit Eximinus, IV. Kls. October, Era 954.*

En realidad, había muerto para los monjes recluídos en el valle de San Millán.

Ante de los matines una grant madrugada,
levantóse est monje rezar la matinada;
tuvo no sé qué cambio en la raíz su alma,
pero juzgó la vida con una luz más clara.

II

Andaba Eximino como entre nubes densas. Negros pájaros le cruzaban por el cerebro.

Ni adonde iba, ni para qué, sabía. Mas iba sin titubeos a la venganza justiciera.

El azar le guiaba. No tenía sendero el punto adonde iba. Pero no erraban sus pasos vacilantes.

Al llegar la noche se vió cerca de una ermita abandonada. El ánimo le impulsaba a seguir su camino sin rumbo, pero la pobreza muscular se opuso. Empujó la puertecilla, palpó en la oscuridad y se recostó en el suelo, sobre unas hojas secas, sin sobresalto ni miramiento.

En aquella noche, ni las visiones demoniacas más espantosas, ni los ruidos misteriosos, ni la presencia de almas gemebundas, en pena, ni la muerte misma hubieran logrado sacarle de la pasividad. Sus nervios estaban laxos. Una fría y clara noción de la maldad humana le hacía

ver el crimen como lo más justificado y normal del universo. La compunción, la caridad para el prójimo, eran cosas incorpóreas, irreales.

En poco tiempo se desligó de todo lo regular y cuotidiano. La fibra sarracena volvía a reclamar en él su puesto de honor.

«Manos blancas, manos impolutas, manos ineficaces, manos que no habéis sabido todavía lo que es apretar, y apretar y perderse en la blandura de un cuello»—, decía, gesticulando en la negrura de aquella noche adversa.

«Boca sosegada y limpia, que no has sabido maldecir ni condenar; que no has escupido sobre el malvado la saliva del odio.»

«Corazón blando, que has temido siempre el choque, ahora serás, ahora eres, al fin, como el cuarzo, duro; como el basalto, negro.»

«¡Boca sosegada y limpia! Ya vas a escupir tu odio y a morder gustosa la venganza.»

«¡Manos impolutas! Ya vais a tener, entre vuestras garras, la víscera que amasó el crimen.»

Los negros pájaros seguían describiendo círculos cerrados en la cabeza de Eximino.

Al mediar la noche fué turbada la soledad silenciosa del campo y de la ermita. Sonaban palabras, risas y relinchos, con progresiva niti-

dez. Maquinalmente se puso en pie y buscó una piedra. Luego se subió a la primera meseta de la escalerilla que iba al coro alto.

Al cabo de unos instantes empujaron la puerta. Había salido la luna, y pudo ver, en silueta sobre el campo iluminado, las sombras chinescas de dos hombres y dos caballerías.

Los hombres, dos soldados cristianos que rondaban por las cercanías, entraron y se tendieron. Debían conocer bien aquel refugio, porque uno de ellos se fué sin titubear a la cueva, a la gruta del ermitaño, y el otro se acostó sobre las hojas secas.

Eximino sintió un júbilo feroz al oírles hablar en cristiano. Contenía, a duras penas, la respiración encaramado en su atalaya. Los minutos eran como horas. Su vista, queriendo vencer la oscuridad, se desleía vanamente en puntos y círculos luminosos y movibles.

Al fin, el ronquido que partía del montón de paja fué como el aviso; descendió poco a poco, y fué acercándose. Ya a dos pasos del durmiente, se detuvo, y calculó algo, mirando a la cueva. Sus ojos, avezados ya a la oscuridad, veían al hombre acostado. Enarboló la piedra y la descargó resueltamente sobre la cabeza. El hombre cimbreó el cuerpo, mas no dijo palabra.

Rápidamente se volvió Eximino hacia la cue-

va. Esperaba verse acometido del de allí. En efecto: a rastras salía del agujero, dando gritos extraños, medio beodo de sueño todavía. Él se acogió a la defensa que le brindaba una gruesa columna. Un certero instinto le decía que aquel hombre venía ciego y que sus pasos habían de ir hacia el montón de paja. De modo que fué dando la vuelta a la columna a medida que el otro avanzaba, y, cuando pasó de ella, le descargó por detrás un golpe serio en la nuca. Después, en el suelo, le hizo sacar un palmo de lengua.

Eximino se puso en pie y miró a la puerta, que era un cuadrilátero de luz clara y fría; luz de luna en campos calizos.

—¡Buena noche para huír!— Y a poco, dirigiéndose a los rendidos: —¡Por que sois de la chusma que la convirtió en pingajo del arroyo!

No dijo más. Tembloroso como una brizna, deshizo el nudo de las riendas atadas a un clavo del exterior, y se alejó, con trote dudoso y torpe, por la campiña muda y solitaria.

No cruzaban pájaros por el cielo; pero unos muy negros seguían aleteando dentro de su corazón.

III

La mañana era luminosa y limpia cuando llegó Eximino a la vista del pueblo fronterizo.

Comprendió que lo era, por los trajes del vecindario, que comenzaba a derramarse por el campo. A una mora joven, que venía hacia él con el cantarillo a la cabeza, le preguntó:

—¿Cómo se llama este pueblo?

—Albafría, señor.

Eximino hizo esta pregunta en árabe, sin reflexión previa. Hacía muchos años que no lo hablaba; pero, al ver trajes árabes, brotó incontinente la lengua casi olvidada. La chica, a su vez, reparó en el traje talar cristiano, y le dijo:

—Señor, ¿cómo venís en ese traje?

—Porque no tengo otro.

—Pero ¿sois cristiano?

—Soy de tu pueblo.

—Pero os recibirán mal si entrais vestido así.

—Gracias, pequeña. Haré por cambiarme. Adiós, y perdona.

Eximino se fué aproximando al poblado. Al pasar junto a una finca enorme de las afueras, cercada de tapias, vió en un torreón una figura de mujer que le miraba fijamente, sin duda extrañada del hábito. Se fué acercando, acercando, y cuando estuvo a tiro de voz, quedó un momento suspenso.

Una ola de sangre le cerró la garganta. Cuando pudo hablar, dijo:

—¿Es vuestro nombre Zadí, señora?

—Ese es mi nombre.

—¿Os acordáis de Abel-Krin? Os traigo noticias suyas.

—Entrad, entrad. Dad la vuelta por aquí; a la derecha hay una puerta.

Eximino entró. Zadí le dijo:

—¿Qué es de él? ¿Cómo vive? ¿Dónde está?

—Vive lejos de aquí, entre monjes cristianos.

—¿Está contento?

—No. Hay algo, que él no dice, pero que, sin duda, le atormenta en la memoria.

—¿Os habló de los suyos?

—Sí.

—¿Por qué no hizo nada por buscarlos, entonces? ¿Cómo pueden pasar los días y los años sin que los busque? No será tan vivo su amor familiar. Si fuera tan vivo no aguantaría tanta separación.

Zadí estaba más hermosa que nunca. El calor que ponía en sus preguntas brillaba en sus ojos y latía en todo su cuerpo. Eximino pensó: Ella es todavía una mujer hermosa. Yo soy ya un viejo achaparrado. No me reconoce.

Zadí siguió preguntando:

—¿Y cómo está?

—Está muy viejo. Ha trabajado mucho. Le ha trabajado mucho también la pena. Está cargado de espaldas, canoso y pálido. Tiene unas

barbas largas, como estas. (Y se señaló las suyas.) Y una profunda arruga vertical en la frente, entre las cejas, como esta. (Y se señaló la suya.) Y las manos huesudas y ásperas, como estas. (Y se señaló las suyas.)

—¿Sabéis si guarda cicatriz de una herida?

—Sí, sobre la oreja, le falta el pelo. Es una vieja cicatriz de la herida que le hicieron la misma noche en que fué preso o abandonado. Es una cicatriz así como esta.

Zadí se puso pálida. Comprendió que tenía delante a Abel-Krin, su amor antiguo, su amor de siempre. Se llevó las manos a la cara, horrorizada.

—¿Eres tú? ¿Es posible? Sí tú eres—. Y al hacer esta afirmación hubo un cambio en sus sentimientos.

—Sí, tú eres. Tú eres el mismo de siempre. ¿Quién, sino tú, tarda tanto en darse a conocer? ¿Quién, sino tú, deja pasar los años sin buscar el camino de su tierra? Imposible que la tortura se haya cebado en ti. La gran tortura espolea, da impulsos. Si tú hubieras querido a alguien alguna vez con toda el alma, es decir, con alma, no hubieras aguardado un día lejos de tu cariño. Tú eres como la planta; donde la ponen allí se está. Tú eres como la arcilla fresca; se le aprieta y no recobra la forma. Tú eres como el agua;

se la hiende y sigue sin huella. Ninguno de los nuestros lamentó tu pérdida. Todos decían que eras hombre sin alma. Yo te defendí entonces, porque yo entonces estaba cegada. Luego ví que tenían razón. Abel-Krin era algo sin movimiento propio, Abel-Krin había sido moro, porque nació moro, y era renegado porque cayó entre los fronterizos. Mañana podrá ser otra cosa. ¿Por qué te has salido del convento? Ya no puedes vivir aquí con nosotros. Mi marido no lo consentiría.

IV

Eximino salió de aquella finca sin haber excusado su conducta. En realidad él era así, y le repugnaba buscar trampas o sofismas.

Comprendió, además, que su prematura decrepitud había de enfriar las relaciones amorosas, y que Zadí buscaría un hombre menos gastado. Gastado por la falta de lucha humana.

Durante algunos días vagó por aquel pueblo. La gente fué sabiendo quién era. Al cabo de una semana los mozos comenzaron a perderle el respeto.

Una mañana salió de la aldea, como otro día salió del convento, y se fué campo adelante.

Él ya no era para vivir entre cristianos, ni entre moros. En realidad él era para no vivir.

CAPRICHOS ROMÁNICOS

LAS CEREMONIAS

Un día, en su gran mañana, cabalgó el Cid con mil y quinientos hombres para encontrarse con un emisario del Sultán de Persia que le traía infinitos regalos: ricas telas, plata y oro en joyas, finas piedras, aves singulares y otras exóticas alimañas. El Sultán, con un agudo sentido político, había discurrido que a tan alto personaje cristiano había que hacerle carantoñas; y a este fin pone en camino a un pariente que, una vez en Valencia, transmite al Cid su arribo; y éste sale, como he dicho, a su encuentro con magnífico alarde guerrero.

En su trato familiar el héroe tiene un modo llano de comunicarse. Pero a la franqueza, la sencillez y la lealtad une en su corazón una gala que, como tal, luce en los momentos solemnes; una cortesía ceremoniosa.

Ya el Cid, rodeado de su brillo, esplendoroso y fuerte, divisa al emisario sobre la polvorienta ruta. Entonces contiene con un firme tirón de bridas al Babieca y lo para. El Cid saluda y, el otro, al oir la voz del héroe comienza a tremer con todas sus carnes y olvida el don de la palabra.

Al Cid aquel temblor no le extraña, le satisface; pero como es hombre fuerte domeña sus debilidades y nada trasluce.

Vuelve Ruy Díaz a decirle bien venido y el otro sigue callado. Va Ruy Díaz y le abraza, y cuando el persa recobra el sentido de la lengua quiere besarle las manos, a lo cual se opone el Cid retirándolas.

En pos de esto viene el discurso: «Humíllome, Cid Ruy Díaz el Campeador, el mejor cristiano, el más honrado que cinchó espada y que cabalgó caballo de mil años acá. Mi señor, el gran Sultán de Persia, allá do está...»

Después del discurso desfilan las pintorescas alimañas de Oriente y, concluído el desfile, se encaminan a la ciudad. Una vez en ella despide el Cid a todos, recomienda la eficaz custodia de los animales y entra con el embajador en el Alcázar.

Aquí, ante los ojos cristianos de doña Ximena, doña Sol y doña Elvira, se abren las arcas de Oriente donde venían los objetos menudos por el tamaño y grandes por su valía. Y el Cid, cuando vió tan extrañas y tan nobles cosas, fué maravillado. Por encima de todo ajuste, por encima de toda tasa o aforo estaban aquellas prendas. «Y con el gran sabor que tuvo, comenzóle a reir el corazón y a tomar gran alegría en sí.»

Y comprendiendo el poder, la riqueza y la magnanimidad de quien enviaba todo aquello, dijo al embajador: «Quiero hacer honra a su señor cual nunca la hiciera a ningún moro desde el día que nací.» Y le ciñó los brazos al cuello, diciendo: «Abrazo al Sultán en la persona de su emisario, ya que no está presente.»

Cuando el persa oyó esto comprendió el alto linaje del Cid y dijo lleno de alborozo:

—«Señor Cid Campeador, si estuvieseis en presencia de mi señor el Sultán, la mejor honra que os haría, sin duda, fuera daros a comer la cabeza de su caballo.

Esta es la costumbre en mi tierra; más ya que aquí no lo es, llevaros, en remembranza de mi señor, este caballo vivo, y que él os sirva más que su cabeza cocha.»

LA VENGANZA

ANTE los mismos ojos de la infanta doña Sancha han dado muerte los Velas al infante don García, su prometido. Y esto después de la primera y última entrevista de amor; cuando aún jadeaban los pechos al acoso de las palabras íntimas. Nunca se habían visto, pero bastaron unas horas para encender aquellas almas púberes.

Ante la ventana de doña Sancha abofetearon y acuchillaron al infante don García, su novio.

La escena es un cuchillo venenoso en el corazón de la infanta.

Pasan días y meses. Llega la hora de serle propuesto un nuevo esposo. Celebra Sancha su casamiento con don Fernando de Castilla y, al punto mismo de concluir la ceremonia, exige de su padre la persecución del criminal.

«Si no me vengas —le dice— nunca mi cuerpo llegará al de don Fernando, tu hijo.»

Entonces el rey don Sancho cercó y escudriñó los montes, apresó a Fernando Laynez, lo condujo ante la infanta y entregándoselo, dijo: «Haz tú la justicia que tengas por bien».

Y entonces, ella, hizo lo que sigue:

Tomó un cuchillo en sus manos ella misma y tajóle las manos conque hirió al infante, después tajóle los pies conque anduvo en aquel hecho, después sacóle la lengua conque concertó la traición y los ojos conque lo viera todo. Concluído lo cual mandó traer una acémila y ponerlo en ella y pasearlo por las villas y mercados de Castilla y de León.

Así se sacaba doña Sancha los cuchillos venenosos.

LA OBEDIENCIA

El pueblo sabe a medias este cuento de amor salvaje. Por eso unas veces dice que el héroe fué moro y monarca, otras que rey cristiano y otras que mero labrador rico.

Pero no está en lo cierto. El héroe es un magnate cristiano y fronterizo; uno de aquellos condes medioevales que tuvieron por vida la guerra en la frontera española, que era la moruna.

Aún existe su fortaleza en una pecinosa villa castellana. Es una construcción sombría, de sillares grises contorneados de negro. El conde edificó junto a su palacio-fortaleza la colegiata, y en ella, en vida, se labró su sepultura.

Un macizo berroqueño, rectangular, almenado sobriamente y provisto de dos pequeñas ventanas a cada lado, es la torre. Su aire sombrío y hermético suscita reminiscencias negras en el que va pasajero por la villa.

Más tiempo pasaba el conde fuera de la fortaleza que en ella. Le reclamaba la lucha constantemente. Hubo años en que apenas la gozó unos días.

Hace poco llegó a descansar, después de una

de esas largas ausencias. Es un hombre recio y de magnífica estampa. Tiene la piel dorada y roja de los que viven al aire, y el cabello y las barbas, de un rubio pardo, grave y fosco. La mujer le admira, le ama y le teme. Es la verdadera sierva, pero de una sumisión voluntaria y gustosa. Los hijos, tres hembras y dos varones, sienten por el padre un respeto que raya con el terror. Se le ha hecho por todos los de la casa un recibimiento real. La vida laxa y floja de cada uno se ha cimbreado y erguido ante la presencia del dueño.

Éste ha congregado a sus hijos; los ha besado, los ha contemplado detenidamente. Ha visto si los varones van teniendo dureza en las piernas y en los brazos y si las hembras ganan en esbeltez y donaire.

Todo va bien. El cielo le ha concedido una prole gallarda. Está satisfecho de los hijos; pero especialmente de una de las chicas, la menor de las tres.

Luce en ella la sangre goda, de ascendencia germana; así es alta y fina. Pero no encubre por eso su porción ibera, y así es de ojos grandes y pelo negro. ¿Sabéis qué imagen de la escultura universal la recuerda? Temo que no la conozcáis: una virtud de la catedral de Estrasburgo. El mismo ritmo melodioso y honesto, la

misma belleza corporal y el mismo sentimiento recogido y severo en el semblante.

El conde está orgulloso de su hija. Pero al sentimiento de orgullo se mezcla el de admiración. Es la belleza de su hija un milagro que no dejaríamos nunca de contemplar. Y así, los días de aquel descanso los pasa absorto, viendo cómo su hija danza, corre, juega, ríe o habla. Todo en ella es fascinación, hasta los momentos de gravedad o de tristeza que algunas veces le acuden.

Pero pasó aquel sabroso alto concedido al cuerpo fatigado. Partió el conde a la guerra, y la casa volvió poco a poco a su tensión baja y normal.

El conde no salió aquella vez de su fortaleza con el entusiasmo guerrero de otras veces. Y esta grave falta en un caudillo tuvo sus consecuencias.

Perdió, fué batido en el primer encuentro. Una segunda derrota vino a pesar sobre sus huestes. Un tercer descalabro le deshizo la mitad de ellas. Y el descalabrado volvió a su fortaleza más pronto de lo que solía.

Vuelto a su hogar, una pasión negra y poderosa cae sobre él. Tenían las pasiones en esta época formas bestiales. Es posible, pues, que el

conde estuviese bajo la seducción maléfica de una sirena; el hecho es que comenzó a sentir una indomable, impetuosa atracción por su hija.

Y no bastaron frenos de la razón. Un día, sentado a la mesa con su mujer y su prole, después de mirarla y remirarla de un modo voraz, le dijo:

«Delgadina, tú has de ser mi enamorada.»

Un frío de terror vino sobre aquellos corazones, ya medrosos de por sí; pero nadie protestó. Ante la palabra del amo enmudecieron todos. Unicamente Delgadina, con sencilla voz y ánimo seguro, dijo:

«Dios no lo permitirá nunca.»

En la hermética y sombría torre gris está Delgadina. Allí, en una sala cuadrada, pasea unas veces su desgracia, y otras se arroja al suelo y se arranca mechones de la cabellera larga y negra. La gargantilla de oro rueda, hecha mil pedazos, por el pavimento frío.

Allí la mandó encerrar su madre. No puede comer más que cecina, no puede beber más que zumo de retama, no puede dormir más que sobre las duras losas.

Al cabo de tres días, deshecha en llanto, se asoma por una de las ventanitas estrechas y ve, abajo, a sus hermanas, que bordan con hebras

de oro, en la tibieza de un sol invernizo y en la calma de la villa labriega.

«Hermanas, si sois las mías...
dadme un vasito de agua,
que tengo el corazón seco
y la vida se me acaba.»

Y no dice más. No reclama su inocencia, no profiere un grito de rebeldía ni sale de su boca una simple acusación. «¡Agua! Un poco de agua, que tengo el corazón seco.»

Y las hermanas la injurian. «Quítate, perra. Si el padre nos viera nos mataba.»

Y la pobre, alejándose del hueco, se arrincona, hecha un ovillo de dolor.

«¿Por qué me llaman perra mis hermanas? ¿Qué hay, madre mía, qué hay en mí hoy que no hubiera ayer? La desobediencia; ¿es esto posible? ¿Obedecerían ellas a tal mandato? No; nunca. Son buenas. Pero, entonces, ¿por qué no están de mi lado? ¿Cómo no ven que mi padre delira, que yo no puedo quererle así, con deseo, con anhelo? ¿Cómo no tienen horror a esta suerte funesta que pesa sobre mí? Una palabra de inteligencia refrescaría mi corazón.»

Y la pobre,

Con lágrimas de sus ojos — toda la sala regaba;
con las trenzas de su pelo — toda la sala esteraba.

Y pasa otro día. En nadie halla eco el dolor

de la prisionera. Han vuelto a ponerle delante un trozo de carne salada y un pocillo con jugo amargo.

Delgadina se pone en pie, se adelanta y ve por el hueco de la torre a su padre. Un escalofrío de horror la sacude. Siente repugnancia. No quiere solicitar nada de él; pero está como flor tronchada, sin nervio.

«—¡Padre! ¡Mandadme un poco de agua, que ya no puedo, que ya no vivo, que siento que la vida se me va!»

«—¡Ya te lo dije! ¡Mira! Agua tengo en las fuentes, y en el río, y en este jarro de plata. ¡Di que sí! ¡Di una sola cosa, y correrán como gamos mis criados en tu socorro!

Delgadina se yergue, queda un momento con la cabeza altiva y, al cabo, la deja caer sobre el pecho. Luego se retira de la ventana.

«—¡Suban, suban mis criados! Llevadle agua, llevadle de todo lo que pida.»

Los criados han abierto los cerrojos y entrado en la cárcel. Un profundo estupor les embarga el ánimo. No aciertan a ver lo que están viendo. Las frías paredes están ahora vestidas de raso; en el centro de la sala hay un lecho con dosel. Inclinada sobre él, y sosteniendo la cabeza de Delgadina, hay una noble señora que ninguno ha visto jamás, pero en la que todos reconocen

a la Virgen, a la Gloriosa, como la llama el de Berceo. Un corro de ángeles, tocando laúdes y guitarras, hay en torno. Una fuente de agua clara brota a los pies del lecho. La Magdalena, a un lado, cose, con dedal de oro y con aguja de plata, en un vestido blanco, el último de Delgadina.

Los criados no dejan de mirarse. No habla nadie. Sólo se oyen unas campanitas claras titinear a gloria en el cielo azul.

De pronto, alguien sube. «¡El conde ha muerto!», dice. Los criados bajan presurosos. Al cabo de un rato se oyen, lejos, campanas negras.

CAPRICHOS GÓTICOS

MONOLOGO DE UN HOMBRE ANTIGUO

15 Abril 1263.

SANTA María, tú eres bella. Me gustas y yo soy rico. Te voy a levantar un palacio que tenga lo que tú tienes: transparencia de alma y ligereza de cuerpo.

Cuando te paras en el extremo de una calle —siempre con tu nene al cuadril, tu sonrisa parada y tus vestidos enjutos, de largos pliegues— y tornas a remirar lo andado, hay un estremecimiento de frío y de placer en todos los viandantes. Se detienen los pasos y enmudecen las bocas.

Indudablemente, Santa María, tú eres la más perfecta unión de la alegría y del respeto que ví en el transcurso de mis años. Todos los que te vemos adoramos la gracia de tu sonrisa, mas nadie es capaz de alabarla.

Yo tampoco. La palabra, sugerida por un entusiasmo férvido, puede pasar la raya decorosa. Haría falta un tacto que yo no tengo. Así, prefiero levantar una casa y callar el piropo. Una casa transparente y ligera, en consonancia con tu cuerpo y con tu espíritu.

Ya tengo hechos los preparativos. El plano está en mi mesa y el arquitecto viene atravesando los Pirineos en un caballo rojo y veloz como mi voluntad. Los oficiales y peones vendrán de la Borgoña; voy a dejar deshabitada esta hermosa región, pero tu eres lo primero, Santa María.

Ya van trescientos pedreros a la cantera de levante a picar la blanca piedra caliza que luego el tiempo ennoblecerá con su oro.

Los canteros y aparejadores, los sotas y artífices de toda laya que van llegando promueven entre los convecinos míos exclamaciones sobre mi locura. Dicen que yo atento a la integridad de la población y que los extranjeros —de seguro gente aviesa— perturbarán los coloquios y relaciones familiares. Yo no comparto ese miedo castizo y plebeyo, pero aunque lo compartiera te juro que lo vencería, porque tú eres antes que nadie.

Llamo a gentes de otro país, desatendiendo a mis compatriotas, no porque yo les niegue pericia ni entusiasmo, sino porque mis ojos han recogido a través de largos espacios de tiempo y de países la emoción de una belleza que me gustaría ver transplantada, y transplantada para ti.

En cántico de dolor, o en himno sacro, quie-

ro que se transfiguren los duros sillares de la cantera. ¿A qué otro esfuerzo más noble podemos dedicar nuestras horas que a este de convertir lo duro, grave y muerto, en blando, leve y dinámico? A uno solo: al de allegar para ti lo bueno y bello que por el mundo hay.

Ya sé, Santa María, que por la corteza de la tierra se deslizan lágrimas y que su santo fuego escala los montes. Lo sé, Santa María, lo sé. ¡Tengo ya blancos islotes de plata en las sienes! Y conozco la fibra compasiva de tu alma. ¿Quién duda de que el dolor será el más activo de los obreros que en ella trabajen? ¿Quién, además, ha visto que se levanten las piedras sin que crujan los huesos? ¿Quién, por fin, sabe de algo hermoso y pleno que no esté amasado en llanto?

Pero también los pobres locos, los truhanes, los bufones, los hijos de Saturno; los que lleva en la sangre oscuros hervores demoniacos; los que llevan la cabeza abrigada con caperuzas rojas sembradas de cascabeles y tienen tan corcovada el alma como el tronco del cuerpo; esos que hacen la *fiesta del asno*, adoradores del pollino y de toda gran locura; esos que se visten de pontifical y ofician en la iglesia una vez al año, su día, el día de los locos, han de tallarme también una piedra para la casa.

El amor y el dolor, la locura y el éxtasis, to-

dos a una, resueltos y exaltados, cantaremos el himno del dolor en un lenguaje de piedra imperecedero.

Los templados y ecuánimes dicen que estas obras son bárbaras, confusas y dislocadas. Pero yo digo, Santa María, que a tu belleza y a nuestra emoción le van estas obras como ningunas. Ellos dicen eso porque no ven la regla que las regula. Ellos no saben que un ciprés guarda en germen la estructura de una torre y que la selva misma es un tratado de posibles fábricas. ¡Déjalos morir de asco! ¡Muriéndose y todo ellos han de imitarlas!

AL HABLA CON EL ARQUITECTO

Ya están en el pueblo los artífices. Ya el arquitecto ha visitado a la señoría.

—¡Mira! —le ha dicho ésta—. Aquí tienes los planos. Yo quiero que me hagas un edificio ligero y diáfano. ¿Qué materiales vas a emplear?

—Piedra, señor. La piedra caliza que se da por aquí.

—¡Piedra, no! La piedra pesa mucho. Has de buscar algo más ligero que la piedra. Emplea sólo pensamientos. Yo quiero que la iglesia sea un puro pensamiento que suba con audacia y claridad hasta la hondura azul del cielo.

—¡Señor..., yo no sé levantar obras si no es con piedras!

—Pues que no se vean las piedras. Que se vea sólo el pensamiento.

—¡No os entiendo, señor! Yo me sujetaré al plano.

—Sí; tú te sujetarás al plano. Tú no eres más que un plano. Pero tú has de oir antes, de mis labios, lo que es el pensamiento. Quiero ver si cae algo de éste sobre ese plano, aunque mejor sería que ese plano se adhiriese a este pensamiento.

—Señor, no os comprendo. ¡Perdón!

—¡No seas pollino! No me impacientes. ¡Calla!

—¿Tú sabes lo que es una columna?

—¡Señor! Repare que soy arquitecto.

—¿Tú sabes lo que es una columna? Bueno; pues la columna que yo quiero no es ni como la griega, ni como la romana, ni como la germana. ¿Sabes? Yo quiero una columna fina y alta como el tronco de un abeto. Pero de tronco pelado. Únicamente arriba, en el cogollo, tendrá ramas y éstas serán y se abrirán como las de la palmera. ¿Tú sabes lo que es un ábside, lo que es un muro?

—¡Señor! Estáis ultrajándome.

—Yo no ultrajo a nadie. Te hablo así porque no entiendes lo que son pensamientos. El ábside de mi templo ha de ser de cristal. Tú sabes lo que es un farol. Tú sabes lo que es el esqueleto metálico de un farol. Tú sabes lo poco que representa ese esqueleto junto a la superficie cristalina. Pues así ha de ser el ábside de mi templo y las paredes de mi templo. Ahora comprenderás por qué hay tantos sostenes de muros apuntados en el plano. Yo quiero que mi templo sea como un ciprés y como un farol.

—¡Señor! Así es la iglesia que yo levanté en la Borgoña. A ella corresponden los planos. Todos vuestros pensamientos están en estas lí-

neas de lápiz y estarán luego en las líneas de piedra. No nos ofusquemos. Yo admiro el entusiasmo que posee al señor, pero yo soy arquitecto, yo soy matemático. Esto no quita para que con matemáticas pueda obtener líneas exaltadas. Yo os haré un templo que responda a vuestra exaltación, pero bien medido.

Así se entendieron el castellano y el francés un día de un mes, de un año del siglo XIII.

EL ENTALLADOR SOMBRÍO

Muchos años, muchos años han transcurrido desde aquella entrevista. Ya no hay hombres valientes andando por los aleros, ni por las cornisas. Ya no hay artífices colgados del intradós de una puerta como las arañas. Ya el templo es un pensamiento hecho piedra y ellos se han ido del pueblo. Ya las mujeres han enriquecido la raza con algunos nenes rubios. El templo es como una flecha que la tierra quiere mandar al cielo.

Aunque han trabajado hombres de tan diversos temples hay una perfecta unidad de sentimiento en toda la obra. En un florón, en una ojiva, en un gárgola bestial o demoniaca, en un fuste, en un rosetón, en un canecillo, en una vidriera, se ve el mismo, el único espíritu. Todo habla en ellos de exaltación y vuelo, de ascensión y deformación de la materia. Todo es un puro pensamiento, un puro anhelo.

Faltan por rematar algunos detalles del interior, sin embargo. Falta el coro. Para eso, todas las mañanas cuando comienzan a cruzar por la silenciosa plazoleta negras figuras de mujeres con rosario y chepa y negras figuras de hom-

bres con manteo y cogote rojizo, entra en la nave del Señor un sujeto sombrío, con unas herramientas brillantes como cuchillos en la mano. Es el entallador.

Con este hombre no pudo hablar el hombre antiguo porque hace años que está durmiendo en el claustro, bajo una losa donde a su vez duerme una figura estirada y sonriente, con las manos enguantadas y cruzadas sobre el pecho.

Y es lástima. ¡Qué feroces, qué pintorescos diálogos hubiéramos podido escuchar! Porque este hombrecillo de nariz aguileña, ojos hundidos y boca sumida como las viejas, es la encarnación del espíritu contrario al del muerto. Él no se deja arrebatar por el entusiasmo fervoroso. Él se encoge como el caracol y se sonríe como el conejo. Él no sabe de flechas ascendentes, ni de cipreses arquitectónicos, ni de anhelos de infinito. Él anda entre las gentes, como un zorro, cogiendo lo que puede. Y así ha cogido al fraile lividinoso, y al hombre sin bragas, y al engreído, y al poseso, y a la madre locura, y al borracho.

Como no cree en la virtud y, en cambio, mucho en el vicio, entra en la iglesia con la boca torcida, haciendo irónicos perrengues.

Ya está en su sitio. Ya ha llegado a lo que ha de ser el coro futuro. Se dispone a tallar las pa-

ciencias y remates, agarradores y demás adornos de la sillería.

Allí, en la sombra y en la soledad del templo, le acuden a la memoria las cosas más feas, más grotescas, más burlonas. Su gubia no sabe tallar ángeles ni personas bellas, pero, en cambio, talla un mono rijoso, un zorro ladino, una vieja tercera, un frailón obeso y borracho, unas nalgas al aire, unos pechos lacios o unos hombres invertidos.

¡Qué peleas, qué disputas feroces hubiéramos presenciado entre él y el hombre antiguo! Y, sin embargo, eran dos caracteres que se completaban: el de la ironía y el de la exaltación.

LA DAMA DEL PARTELUZ

La Virgen ha bajado de la consola que le sirve de apoyo en el parteluz. Ha chafado con la mano los pliegues y frailes de su larga vestidura blanca tachonada de estrellas doradas, le ha cogido los redonditos labios a su Niñín con la punta de los dedos finos y sonrosados, como quien coge una guinda, y luego le ha puesto en la frente un beso chascado como los que dan las mujeres del pueblo. Esta Santa María la Blanca es una maja. No sabe dar besos lánguidos ni doloridos. La negra visión futura no le acongoja.

Se pone en marcha y, al pasar por mi vera, dice:

«Voy a la feria a comprarle un juguete a mi Niño. ¡Pobrecito mío! ¿Tú no sabes lo que me dijo Simeón, ese viejo sabio de las barbas largas?...»

«Pero no te apures tú, corazoncito mío. Tu madre tiene puños para defenderte. ¡Anda, vamos, vamos a la feria, que te voy a comprar un juguete!»

Y allá va, con un garbo gentil, sonriendo, ufana de lo que lleva en los brazos.

«¡Dios te bendiga, reina del cielo!», le dicen los hombres.

LOS DIABLOS

UNA de las piedras imperecederas de la catedral es la que hay sobre el dintel, en la puerta de Nuestra Señora *la Blanca*.

En aquella piedra figuran los justos y los réprobos, camino de la bienaventuranza eterna o del eterno dolor. Los unos hallan, cerca ya de las puertas celestiales, ángeles y querubines que salen a recibirlos con las entrañables melodías del órgano; los otros sólo ven, como heraldos de peores realidades, las tres calderas fogosas rodeadas de diablillos. Luego vienen las gigantes fauces de Satanás. Los diablejos menores tienen la divertida misión de zambullir en las calderas los enclenques desnudos precitos.

No diré que aterre la plasticidad de esta escena; pero puedo afirmar que no está la insuficiencia en la obra, sino en nosotros. Es que ya la representación abstracta de aquello no es hélice que remueva nuestras emociones. En cambio, la figura ideal del diablo, aislada de todo lo demás, se nos presenta como estribo de posibles pensamientos.

¿He visto yo alguna vez al diablo?

Soy hombre de memoria enteca, pero asegu-

ro que no le he visto por mí mismo. Yo he visto al diablo que ven todos los de mi época, el cual es un diablo que tiene bastante de aquel diablo copto que tentó a San Antonio; por consiguiente, del diablo medioeval y mucho del diablo barroco y jesuítico. Si yo fuera pintor y alguna dama devota y ocurrente me hubiese encargado un San Miguel venciendo a Satanás, tal vez, siguiendo la norma de los artistas chinos, me hubiera entregado por un largo tiempo a la soledad y a la vigilia, que son las grandes celadoras de la reflexión. Después de esto, acaso obtuviera la estampa clara y mía, francamente mía, del diablo.

Pero no soy pintor, y al oficio en que torpemente me desenvuelvo tengo la casi absoluta seguridad que no hacen tales encargos las piadosas damas. Lo bello sería someterse a esos trabajos por cuenta propia, pero estas páginas urgen (no sé por qué), y no puedo dedicarme ahora un mes de soledad, vigilia y reflexión.

Puedo decir, así, de momento, que he visto al diablo de color blanco, de color negro y de color rojo, no sé cómo, ni cuando, ni en qué calidad corpórea. De la forma conservo una idea: era semejante a la del sátiro clásico, de quien lo creo hijo bastardo.

Entre las gentes medioevales, el diablo tenía cuerpo de bode o buco, orejas puntiagudas y barba en cara humana. Exactamente el retrato de un sátiro. Eso era lo tradicional y vago; pero los escritores afinan un poco más y lo describen como «sér velloso y de una deformidad monstruosa». Ya esta segunda parte no tiene nada de clásica. Ya le han inyectado al sátiro jovial de las florestas un centigramo de odio negro y de miedo pajizo. Algunos escribas añaden que es negro. No hay inconveniente: hay cabrones o bucos de color caoba, de color lechoso y de color negro. Pero no negaréis que es prurito de buscar lo tenebroso. Añaden, por último, que lo más característico en su fisonomía es la mueca de satisfacción radiante y brutal.

Tal era la estampa que, a cinco céntimos o de balde, circulaba entre los cultos y analfabetos del siglo XII.

Si alguno de vosotros es curioso puede seguir un poco hacia atrás en el tiempo y trasladarse rápidamente a la Tebaida. Veremos una estampa más vieja, una estampa del siglo tercero de nuestra era; porque aquellas estepas son los escenarios clásicos del virulento espíritu infernal. En una ciudad del alto Egipto, llamada Coma, el diablo, el año 251, aparece asediando al monje copto, que luego se llamó San Antonio.

Hubo otro santo, San Atanasio, que dejó escrita en griego la historia del anacoreta.

Todos sabemos que San Antonio fué un esclavo de las alucinaciones. En su opulento palacio de hombre rico entró a gatas el miedo una vez. Comenzaron a parecerle las delicias de la vida invencibles monstruos, y, rompiendo su alcancía, repartió el oro y se fué huyendo, huyendo a la Tebaida.

Mas el diablo, aunque San Antonio no lo vislumbrase, tenía dos firmes y poderosas alas. San Antonio, como buen anacoreta o como buen ricacho, no llegó a sospecharlo, y mucho menos a pensar que con alas, cuernos, patas cabrías y todas las jibas y fealdades juntas, el demonio estaba dentro de su misma piel de santo. Y así, apenas había hundido la turbulenta cabeza en las estériles arenas de la soledad, cuando aparecieron los cuadros voluptuosos y las gratas escenas de su vida muelle.

«Hay que ahogar, hay que sofocar, hay que vencer estas acometidas del demonio», se decía el santo; y redoblaba sus penitencias, con lo cual se debilitaba el cuerpo y lo disponía más y más a las alucinaciones.

Quien tenga una gota de bondad en el alma y un poco de serenidad en el espíritu ha de sentir y comprender la horrible tragedia de este

hombre, que se batía con las sombras monstruosas que él mismo iba fatalmente creando. Él vió al diablo en forma de león, de toro, de aspid, de serpiente, de lobo, de escorpión, de pantera, de oso.

Las bestias aullaban en la negrura de la noche. Antonio se maceraba las carnes. Las bestias rugían, levantando las fauces amenazadoras al cielo sin estrellas. Antonio arrojaba lejos de sí el pan que le traían del poblado. Las bestias redoblaban sus cavernosos aullidos y se precipitaban en las ruinas donde oraba el santo. Sus gritos se oían a tres leguas de allí.

Pero hay otro San Antonio; hay un San Guthlac, a quien llaman el San Antonio anglo-sajón, que se retiró a las marismas de Croyland. Yo he pensado alguna vez que el pintor Patinir, en el cuadro incomparable de las *Tentaciones*, que guarda el Museo del Prado, ha puesto a San Antonio en el paisaje de San Guthlac, viendo aquellas lagunas y aquel campo verde.

Pues bien; una noche, cuando este santo rezaba en su celda, cayeron sobre él innumerables y fantásticos seres. La descripción nos interesa mucho. Eran patizambos, cabezudos, cuellilargos. Tenían las mejillas chupadas, las barbas puercas, las orejas largas, los ojos feroces, las

bocas fétidas y los dientes de caballo. Sus gaznates despedían llamaradas y voces estridentes.

Otra noche, al tiempo de la oración también, oyó rugidos de bestias salvajes. Y vió aves, reptiles, fieras..., todos en tropel, venir sobre su cuerpo. Un león le amenazaba con sus dientes sangrantes; detrás había un toro y un oso furibundos. Sucesivamente se vió acometido por gruñidores puercos, cuervos carniceros, víboras, lobos y multitud de alimañas.

Leyendo estas descripciones comprendemos las fantasías de Schongauer, Van Mechen y Lucas Cranach. Comprendemos, sobre todo, que viniera al mundo aquel maestro culminante de la diablería, el flamenco Pedro Breughel; pero comprendemos también que la estampa del diablo había llegado a ruín término. Los terribles demonios góticos vinieron a ser caprichos morfológicos, abstracciones cómicas disparatadas.

¡Qué lejos todo ese mundo, fantástico y divertido, de este otro, serio, que se ve en la puerta de la catedral! Los engendros del Bosco —imitaciones de los de Breughel— no son ya diablos, aunque hagan sus veces. Les falta seriedad. Un centinela a la puerta de un castillo no puede estar vestido con librea de portería burguesa.

Ya no entienden la gravedad de vuestro oficio. No se os conoce. El Dante no os podría nombrar por vuestros nombres ni cualidades; él, que distinguió al diablo marrullero, pérfido y feroz; al cruel y colérico; al zaino y chismoso; al que se mofa de la divina gracia; al que tiene forma de jabalí; al que tiene ponzoña de dragón; al satírico desenfrenado; al fanfarrón y maligno; al iracundo y colérico; al que descuartiza, flagela y mesa los cabellos.

¡Qué espantosa confianza, la de los hombres, con vosotros, pobres viejos diablos! ¡Aquel terror que infundíais en Oriente a los egipcios, a los caldeos, a los asirios!

Ante el funesto enemigo se postraron todos, sin excluir a los griegos ni a los romanos, mexicanos, indios. Y el diablo, como puede verse hoy en una efigie annanita conservada en San Petersburgo, se volcaba de risa ante las muestras de pavor. Ya fuiste pagado. Llegó la hora de que se rieran ellos.

Es cierto —lo digo para no desairarte del todo— que los artistas que así te trataron son los de la *Nave de los locos* y que luego el Renacimiento te prestó nobleza de formas, gallardía humana. Luego fuiste el diablo barroco, lleno de rizos, cotas, uñas, garabatos, contorsiones y garambainas. Después... no pudo ele-

varte más el teutón, el divino Goethe, ni hablar de ti con más elegancia el saladísimo Heine.

«Llamé al diablo, y el diablo vino;
y le contemplé con estupefacción.
No es feo ni contrahecho.
Es un sujeto amable, encantador;
un hombre en sus mejores años,
atento, cortés y experimentado.
Es un diplomático sagaz,
y habla de la Iglesia y el Estado cuerdamente.
Algo pálido es; pero esto no es un milagro:
no cesa de estudiar Sánscrito y Hegel.
Su poeta dilecto sigue siendo Fouqué.
Sin embargo, ya no quiere seguir ocupándose de [crítica.
Ahora se le ha dejado por completo
a la querida abuela Hecate.
Alabó mis aficiones juristas.
Antes estuvo él también entregado a ellas.
Me dijo que mi amistad no le era
excesivamente cara, al tiempo que hizo un saludo,
y me preguntó si no nos habíamos
visto ya una vez en casa del embajador español.
Y, al contemplar su cara atentamente,
descubrí en él a un antiguo conocido.»

Por cierto que otro Heine, contemporáneo mío, parece que vuelve a mirarte con el respeto medroso de la gente medioeval y antigua. Según su modelado, eres plantígrado, corto de

patas, pesado de asentaderas y vientre, enclenque de torso y largo de cuello; un cuello largo, largo que remata en cabeza de caracol. En conjunto parece una testa de caracol enchufada por el cuello al cuerpo barrigón y culón de un Herr Professor.

SABANDIJAS HUMANAS

SABANDIJAS HUMANAS

Los niños deformes, los jorobados, los cabezudos, los raquíticos, los bobos, pero en particular los enanos, me han producido siempre malestar físico y, alguna vez, hasta temores supersticiosos. Y, sin embargo, hay quienes hallan un deleite mirándolos. No sé si este deleite es signo de rudeza primitiva o de refinada decadencia. Ni me importa.

En cambio, me interesa un hecho indudable. Los enanos, los bobos y todo ese mundillo ruín, cuando pinta Velázquez, no es repulsivo; al contrario, atrae. ¿Qué es esto? Brindo el hecho a los que niegan todo lirismo a la obra del pintor sevillano. Y les recomiendo que vean algún otro enano que sea factura de pintor mediocre, por ejemplo el *Soplillo,* enano de Felipe IV, pintado por Villandrando. (El cuadro tiene en el Museo del Prado el número 1234.)

Esto me interesa por ser para mí prueba suficiente de que la vibración del arte destruye lo repugnante de todo objeto feo y le presta, en cambio —sin alterar su presencia—, un atractivo que no tenía. Esto es, sencillamente, admitir en el taller del artista, no sólo las bellas o

costosas baratijas que han de servirle de apoyo para sus ensueños, sino las baratijas feas, risibles o despreciables. La cosa está en saber utilizarlas.

Así, ya no me avergüenza la seducción que he sentido ante las sabandijas humanas que pintó Velázquez. Y no tengo inconveniente en trasladar aquí algunas notas escritas bajo tal seducción, ya que, entre las notas sugeridas por un arte dinámico, exaltado, y las de mi fauna grotesca o sentimental, no han de caer como un estampido.

LA MARI-BÁRBOLA

La Mari-Bárbola es rechoncha y fea; pero... ¿qué quiere usted? Ha nacido para figurar.

En el pueblo la tenían por chata (¡injusticia!), buchona, bisoja y cuerpo de botija. Pero... ¿qué quiere usted? Nació *ella* para vivir entre príncipes y para figurar.

En el pueblo, ¡claro!, como la veían sin componer, con sólo cuatro harapos pegados a las robustas carnosidades y tan raquíticos que apenas le cubrían el mondongo, decían que era una pepona rrisible. Pero... ¿qué quiere usted? Vestida con guardainfantes, ella puede y sabe figurar.

¡No faltaba más! ¡Ella!

EUGENIA MARTÍNEZ VALLEJO

EUGENIA Martínez Vallejo, en cambio, está muy a mal con tantos perifollos, brocados, cintas y guardainfantes.

¿Por qué no la dejas, Carreño, irse a la era a revolcarse, a que la revuelquen los chicos y le den manotazos en las rollizas exuberancias, en donde chascarán como en culata de yegua?

¿Por qué no la dejas, pintor, en vez de atormentarla con posturas? Eres malo. ¿Para qué la vistes de rojo sino para escarnecerla?

¡Déjala! Si no le importa pasar a la posteridad.

DON SEBASTIÁN DE MORRA

Don Sebastián de Morra va y viene, patizambo, tambaleándose. Tiene cabeza y torso de hombre normal, pero harto exiguas las extremidades, en especial los brazos, que apenas le llegan al vientre. Una barba negra y cuadrada le abriga el mentón y le busca el bigote por las comisuras de la boca. Es su nariz chata y de tan pocos amigos como el entrecejo. Viste coleto y calzón verdes, medias negras y zapatos de becerro. Sobre el coleto, valona flamenca transparente.

—¡Acércate!— le manda Velázquez.

Y este gran pintor, tan amigo de lo serio, coge un gabancillo carminoso galoneado de oro, que, sin duda, abrigó los hombros de un rey de la farándula, y se lo hizo poner, para retratarlo así.

—¡Tome asiento, don Sebastián! ¡Ahí mismo, en el suelo!— seguía diciendo aquel pintor grave, rarísima vez captado por la ironía.

EL NIÑO DE VALLECAS

TAMBIÉN es patizambo este fruto ruín de la carne. Pero no corre. No es ágil, ni travieso, ni pendenciero. Él es un magnífico pan de borona, una grande y reposada torta de pueblo.

Todo lo que se mueve a su alrededor le encanta y extasía. Pero no entrevemos si le gusta o le desagrada lo que ve. Tuerce su cabeza de cuello corto hacia atrás, y así queda, sea un escuadrón militar, abigarrado y pintoresco lo que pase, o una insignificante mosca.

El niño de Vallecas no corre, no juega, no riñe. Si le dan de comer, come. Si le abrochan coja la ropilla, la deja.

Vive ausente, remoto, como los bienaventurados.

"EL PRIMO"

Se sale del coro de sabandijas. Ya la postura aplomada de su cabeza revela un cerebro normal.

Tiene la cabeza en su sitio, y el sombrero calado de través como los guapos galanteadores y conquistadores. Velázquez no se atrevió a escarnecerle con ropas o símbolos grotescos. Si le puso de lado el chambergo no hizo más que atenerse a lo que veía y al run run de la gente. «El Primo» estuvo una vez a punto de morir a manos de un marido celoso.

No por esto deja de ser hombre serio. Le veréis rodeado de libro, tintero y pluma; vestido completamente de negro. Él no quiere telas llamativas.

Supo conciliar, pues, los esfuerzos de la mente con las flaquezas del corazón, como atestiguan su frente rayana en calva y sus endebles cabellos alborotados. De ambas cosas son resultas: de cavilaciones y de noches de *gaudeamus*. Los ojos sin pestañas suscriben lo mismo.

"EL INGLÉS"

El enano don Antonio, el Inglés, no era deforme. Le daba por el lujo y la compostura personal, los encajes valones, las plumas rizadas, las telas de Utrech, las pelucas y los moños rojos.

Era hombre despierto, mas de un carácter tan avinagrado que le tienen que recluir a veces en un cuarto. Allí, para su diversión, le permiten la compañía de un perro, pero le cierran la puerta con llave. No le pueden dejar muebles en la habitación.

NICOLASITO

Doña Isabel de Velasco, que figura junto a Mari-Bárbola, hace poco le ha reñido seriamente a Nicolasito Pertusato, muñequito bailarín que, ahora, con precauciones, hostiga al soñoliento perrazo con su pie de juguete.

Nicolasito había cometido un grave atentado. Figuráos que la Mari-Bárbola tendida, boca al techo, sobre un diván, estaba durmiendo. Esa postura hace que, en sueños, se abra la boca, y Nicolasito, corto, pero no perezoso, se la fué llenando con bolitas de papel.

La pobre pepona se despertó falta de aliento, morados los mofletes, retorcida y espantada. A poco más, se ahoga.

Por eso doña Isabel de Velasco le dió un tirón de orejas y le amonestó.

Nicolasito ahora se divierte hostigando al perro, como si tal cosa. En su pequeña persona no duran mucho los sermones, y dentro de poco se esconderá tras un tapiz para dar un susto a don Felipe IV, cuando pase.

LIBRO SEGUNDO

BESTIARIO

Non nova sed nove.

DEDICATORIA DEL BESTIARIO

A la Sra. D.ª .....

—«Dedícame un libro. ¿Harás un libro para mí?»

Tales fueron tus deseos durante una época breve, pero sabrosa, ya lejana. No llegaron a ser una obsesión, pero sí una tarabilla insistente, un repiqueteo alegre y superficial. A tus preguntas yo contestaba afirmando y sonriendo, y tú volvías a insistir dudando y sonriendo. Sin darnos cuenta, los dos afirmábamos y dudábamos; yo, afirmaba con la palabra y dudaba con la sonrisa; tú, al contrario. En realidad temíamos que la obra resultara de inferior altura, intensidad y vibración que aquella otra emprendida por ambos, sin preparación ni estudio y que, unas veces iba formándose y haciéndose a fuerza de silencios abarrotados de ilusión, otras con diálogos vivos, saltantes, locuelos, y otras con recriminaciones de arrugado entrecejo.

Con frecuencia vuelvo la cara hacia las horas aquellas. Verdaderamente, nunca jamás, ni tú ni yo, haremos una obra más vivífica, com-

plicada y chispeante que aquélla. La guardo como si fuera un modelo precioso.

Después... después vino la vida; quizás fuera mejor decir, la muerte. La vida verdadera está en horas como aquéllas; en horas tan cargadas y bendecidas por la emoción que, todo, hasta el tiempo, parece que se extasía para que lo vivamos larga y entrañablemente.

Después vino la vida. Hace poco te vi sentada en un banco del parque, rodeada de chiquitines, hijos tuyos. Tu figura corporal, que había sido toda de ensueño, no guardaba de él más que un poquitín, en torno a los ojos. A qué insistir, ni a qué preguntar. La plumita del sombrero tiene a veces una elocuencia...

De mí, ¿qué decirte? Muchos errores tengo en la vida corriente. Pero como sigo pensando que esos errores son los que me procuran ratos de vida verdadera, lamento que no sean más. En los no errores, en las sensateces, también me ejercité; pero esos están al alcance de cualquier doctorzuelo en Derecho.

Con esto verás que tengo un espíritu más conservador y tradicionalista que tú, ya que algo me queda en el alma, todavía, de aquella intuición del mundo y de la vida que nos arrebató y sostuvo horas y horas en las más altas regiones.

En ese algo me sujeto como en la pensión el

inválido, o como en el arbotante la bóveda gótica. ¡Que la suprema bondad no me lo retire, ya que yo derrocho tanto entusiasmo por retenerlo!

Sólo a ese espíritu debo este libro. Este libro que viene a sumarse a los otros tres, perfectamente inútiles, ya publicados.

¿Es también éste absolutamente inútil? No; absolutamente, no. Va dirigido a ti. He pensado que acaso sea éste el libro que tú me pedías. Y tengo la esperanza de que levante un vuelo el pasado que duerme en tu memoria y que reconozcas en él muchos de aquellos diversos objetos que fueron motivos de comparaciones y exclamaciones en nuestros zigzageantes e indeterminados diálogos.

Sin duda faltan muchos. Ahora mismo, al escribir esta dedicatoria, cuando el libro está, como quien dice, cerrado, echo de ver que me falta el abejorro.

¡Mira que habérseme olvidado el abejorro! Especialmente al abejorro negro, fatídico, debí hacerle su correspondiente jaula, y haberle puesto en ella severos y amargos apóstrofes. ¡Qué cantidad de oscuras preocupaciones depositaba entonces en tu pechito su presencia! ¡Cómo y cuánto le maldije!

Pero si no va el abejorro, van en cambio al-

gunos otros contra los cuales he soltado la espita de los reproches. Y es que sin estar a flor de conciencia, sin acudirme a la memoria, recluído allá en lo profundo estaba el animalejo incitándome al reniego y a la imprecación.

Nada hemos perdido con ello. Así el libro tiene más cambiantes, facetas y destellos. Al enojo seguirá un gesto de caricia, y uno de melancolía, y uno de burla, y uno de entusiasmo. Aquí admiro y desdeño como tú admirabas y desdeñabas, sencillamente, o, mejor dicho, espontáneamente, porque la sencillez en el pensar no es cosa de nuestra época.

No, no es la sencillez la virtud cardinal de este libro. Las cosas visuales se mezclan aquí con las intelectuales, las preferencias sentimentales y estéticas con las morales del orden más rígido. Tiene todo esto un claro entronque con el arte gótico, aquél complicado arte septentrional que tuvo la osadía de querer fundir o amalgar lo abstracto y lo natural, la geometría y el mundo palpable, vegetal o animal.

No, no puede ser sencillo. Pero, ¿es que nosotros amamos la sencillez? Tal vez como viejo residuo nos quede alguna admiración por ella, pero nosotros somos hijos de un mundo complicado, que cada día exige más. Advierte que no han sido nuestros años de juventud y aprendi-

zaje, años abiertos a las satisfacciones externas. Hemos tenido bien abiertos los ojos hacia la calle, pero hemos permanecido detrás del balcón, recogidos, y hasta detrás de nuestras pupilas, si es que te sirve esta frase.

Detrás de nuestras pupilas, en los porches de la interna morada, es donde ha estado siempre el centro de nuestra vida; es decir, en el límite mismo donde acaba lo que vemos y empieza lo que pensamos. Así, participan nuestras cosas de lo uno y de lo otro y, acaso, con la preponderancia de lo otro sobre lo uno.

¿Qué te pasa? Veo que estás inquieta. ¿Te canso? No, no puede ser. Estoy haciendo, explicándote lo que es tu libro, este libro que tú adivinaste y quisiste con la vehemencia de la juventud. Si te tienta el fastidio atribúyelo a que tu espíritu va perdiendo la virginal pureza de cuando era hermano gemelo del mío, capaz de remontarse y hundirse hasta lo más azul y en lo más negro. Sin duda, entró en tu alma el diablejo de lo superficial, enemigo acérrimo de los deleites puros. ¡Arrójalo de ti! Volverás a sentirte joven, como eras cuando juntos mirábamos pacer al ternerillo, volar a la golondrina, escurrirse a la sierpe, nadar al pez.

¡Arrójalo, arrójalo fuera, a fin de que estos pobres papeles, escritos para ti, no se queden

desairados y vayan al montón de lo inútil! Ellos tienen un valor por sí, claramente lo veo; pero el valor absoluto se lo das tú aceptándolos, comprendiéndolos.

Antes de hacerte la ofrenda sentí, sin embargo, un toque de la vacilación. ¿La encontrarías impropia, baladí? ¿Tal vez ofensiva? ¿Supondrías que un tema como el de estas seudofábulas, escritas sin el arrebato de mis primeros tiempos, cuando ya las canas van constituyendo audaces colonias en la cabeza y las fibras de oro, que son el alma de la juventud, van sustituyéndose por otras de plata, más frías, llevan embozado el desdén?

Nada más ajeno a mi ánimo. Los libros de ayer eran libros apasionados y altamente religiosos. Nacieron al primer contacto de la vida y de las cosas, de los misterios. Un alma fervorosa da estos primeros pasos con la seriedad y tribulación del ciego, que camina a tientas. El ciego, cuando entra en un aposento nuevo, huele el misterio, abre los ojos más, levanta la cabeza como para ayudarse con el olfato y con el oído, y percibe el peligro. En cambio, cuando entra por segunda vez, conocedor ya de las cosas que en el aposento hay, los palpa y sonríe.

¡Sonríe! Me alegra haber dado repentinamente con esta palabra, porque ella puede explicar

por sí sola la clara intención de mi dedicatoria. ¡Sonríe! Un libro de ayer hubiera acumulado sobre ti presentimientos, tristezas, desvaríos. Un libro de hoy cubre la gota de amargura con los estambres cosquilleantes de la sonrisa.

Además, será recibido sin suspicacias por el esposo. No puede hallar en él nada que sea insinuación, desfallecimiento amoroso, perplejidad o éxtasis ante bellezas corporales o anímicas de tu propia persona. Tu marido lo leerá; contribuiré también a su regocijo, y, luego, tal vez le indique a los pequeñuelos las virtudes, los rasgos, las deformidades de las alimañas campestres y ciudadanas.

Mira por dónde voy a coadyuvar a vuestra labor pedagógica. ¡Yo maestro!

¿No éramos aprendices los dos en aquella buena época? ¡Qué nostalgia, pensar que el aprendizaje ya no volverá tampoco; que pertenece a las múltiples cosas pasadas irremisiblemente! ¡Qué pena, verse maestro, verse pedagogo, y ya para siempre!

LA CABRA

RECOSTADA en el suelo enseña las ubres color de ceniza, brevales en su forma y estallantes. No tardará en venir un mozo que se las deje como pipas hueras.

Mantiene erguida la cabeza tenebrosa, de ojos luctuosos y demoníacos.

¿Tiene dos almas la cabra? ¿Cómo es infantil, amiga de los niños, y retorcida, colega de las viejas brujas?

Es que lo absurdo lo lleva dentro y lo tiene fuera. ¡Qué andares los suyos cuando no cabe una gota más de leche en sus mamas! Tropieza y choca consigo misma, con sus propios miembros hiperbólicos, que han adquirido un valor descomunal, y toda la hermosa bestia se supedita al valor de sus glándulas.

De sus ornamentales cuernos todo está dicho al decir que son ornamentales. Cuernos inútiles por su retorcimiento inverso. Acaso un artista heleno, pozo de ironías y criador de cabras, fué quien halló la peregrina idea, y la puso en práctica, de invertir la dirección. Porque de Grecia vino todo arte, y el arte convierte lo útil en inútil para satisfacción mera del gusto.

Tiene todavía otra cosa ineficaz: las carúnculas o teticas pendulares del cuello. ¿Para qué las quiere? Tal vez para que una criaturilla, como la que ahora se aproxima, juegue con ellas...

La cabra se ha puesto en pie. Ha venido el cabrero y la echa a la calle con otras muchas. Va con la cabeza baja, pegada a la pared, pensando en negruras ultraterrenas. Cuando llegue al prado y haya comido la jugosa y buena mata verde, convendrá con otra un disparatado duelo frontal. Levándose sobre las patas postreras, dibujará una gentil pirueta en los aires y, al tiempo de recoger la barba en el cuello, su frente buscará el topetazo en la próxima testuz. Luego, sin más explicaciones, volverá las nalgas, dará unos pasos, se alejará y se pondrá a pacer como si nadie hubiera en el contorno. Es cosa de todos los animales gregarios el pacer en compañía, con la fe absoluta de que son únicos, solitarios, dueños.

¡La cabra, la cabra infantil y diabólica, ornamental y absurda!

EL GALLO

PARECE que va con las manos en los bolsillos del pantalón y que anda sobre el mantillo del corral temeroso de percudir los flamantes botines: tanto alza los pies.

«¡Mírame, mírame! Tengo de este lado una rodaja blanca como la espuma de la nieve, y a este otro lado, ¡mírame!, tengo otra; y si te fijas en mi cresta, verás color; y si unes el blanco y el rojo con el negro de mi plumaje tendrás la bandera germana.

A la influencia de este símbolo debo el pisar bien, el llevar la cabeza erguida y el tanto filosofar. Filosofo a lo Nietzsche, con gallardía. Siempre solo estoy en el corral, siempre solo, meditando, luciendo, dando vueltas, sin que entorpezca ello mi oficio de garañón. Comparto la filosofía con la carne, aunque sea carne de gallina. Fecundizo y hago filosofía, que todo es uno.

Cuando se avecina el alba yo canto; pero no siempre; se exagera mucho. Canto al alba como a tantas horas, porque yo canto mucho para que no se me olvide ni desatienda. El universo propende a la distracción, y si no fuera

por mis voces de alerta, mal andarían los cuerpos siderales y el hombre.»

Todo esto lo decía paseando su empaque por entre cascarones de huevo, costras de melón, una espuerta vieja más alta que su cresta, una escoba desmedrada y una sartén roída. Quien se mueve en un panorama tan ruín, con tan altos pensamientos, es muy grande o es muy...

EL ASNO

Al asno, de tiempo en tiempo, se le acaba la cuerda y se petrifica. En la noria quedó a medio volcar un cangilón. Mas él no repara en eso; no mira. Tiene la vista en el infinito, que es la pantalla cromática donde vemos proyectarse en pensamientos nuestras emociones. Esto ve; es decir, esto piensa.

«Yo no sé lo que de mí querrán. Hice todo lo que pude por atraerme la simpatía del hombre. Muevo el molino, la noria y el carricoche. Tomo lo mismo piedra dura sobre mi espina, que matas en flor, y las llevo impertérrito por veredas en que la hormiga sentiría vacilar su corazón. No soy exigente a la hora de comer; si me ponen hojas de cardo las como. Nunca veréis en mi linda boca palabra de queja. No hago más que mis meditaciones en la pantalla del infinito. Así, revivo la historia mía y la de mi ascendencia. Se han olvidado los hombres de que en mis lomos huyó la Virgen a Egipto, de que el vaho de mi cuerpo calentó el cuerpo del Hombre-Dios, de que hice con éste la entrada en Jerusalén. No se acuerdan de nada. No se acuerdan, porque no tienen pantalla, una pantalla

lejana y fiel donde se desenrosquen y aclaren los sucesos de la vida. No se acuerdan de que mi mujer abastecía de leche las tinas romanas, contribuyendo así al esplendor de la belleza de Venus.

Sí el hombre estima la aristocracia, cuyos factores son esfuerzo y tiempo, ¿por qué, siendo tenaz y provechoso mi esfuerzo, y mi cuna lejana en el tiempo y en el espacio, no me quieren?

Acaso porque tengo mi voluntad. Cuando me veais andar de lado, decid que opino al revés que el arriero. Si veis que cogiéndome del rabo me impele en el sentido de su deseo, no creais que someto mi voluntad. Ella grita en el vértice de mis orejas, por donde escapa mi libertad cuando sucumbe la carne.

Tales desavenencias ocurren por la endiablada propensión del hombre a salirse de lo normal y cotidiano. Un día, cercana ya la misericordiosa muerte, unos malévolos gitanos quisieron reavivarme de momento para sus tráficos, y me pusieron bajo el rabo, en delicado recobeco, maldecido espino, con el que hube de fingir el trote más garboso de mi existencia. Pero como yo tengo mi voluntad, apreté con el rabo los espinos de tal modo, que provocaron la sangría y la muerte. Así burlé las malas artes de la germanía.»

EL CARACOL

LENTAMENTE sube por la rama utilizando los sutiles periscopios de sus cuernecillos táctiles.

¡Tienta, tienta; levanta la cabeza y otea los alrededores! ¿Te hacen falta gemelos de campaña?

Su discurso, intermitente y medroso, dice:

«No hay nadie; parece que no hay nadie. Y el piso es firme. ¡Ay! Ya me di en el ojuelo de la antena, que se ha contraído y enfundado en la cabeza. ¿Me verán? No hay nadie. Para escurrirse tácitamente la baba es buena, pero es delatora, aunque el viento la oree. Deja unos cristalillos traicioneros. Me van a descubrir, me van a descubrir. Será mejor ocultarse.»

Y se mete en su concha para que no le vean. Pero el pobre tímido, suspicaz y medidor de movimientos, agítase de tal modo al recluirse, que cae con su cascarón desde el árbol a un banco de cañas, moviendo un ruido hueco y alarmante.

Un chico le coge, le mira y le estrella contra la pared.

LA COTORRA

La cotorra y San Bruno son dos ideales contrapuestos. El santo cartujo, para sostenimiento de su voluntad en la hora de la tentación, cuando los pensamientos le bailaran en la punta de la lengua, debió de tener colgada en su camarín una jaula con uno de estos pintorescos pajarracos. (Es un dato a perseguir en los archivos de la Orden.)

He dicho pintoresco a impulsos de la rutina, y debo aclarar que, pintado por un impresionista, puede serlo; pero si el que lo pinta es un primitivo, resultará lo que es: una roñosa moneda de cobre envuelta en papel de estaño verde, como los bombones. ¡No le quitéis el papel; no pelarla!

LA ARAÑA

He aquí una figura escapada de un manual de Geometría o de un tratado de Lógica.

Esta delicada operaria se identifica de tal modo con su obra, que no sabe uno dónde acaba ella y comienza el artificio. El globulillo central de su organismo es el foco de toda la red sutil que va elaborando.

Pertenece al grupo de los dotados de vida interior. Busca un ángulo, un sitio apartado, y allí, con la mirada en el ombligo, va tejiendo sutilezas, donde las moscas serán atrapadas.

Su andar es pulcro y coquetón. Lleva el cuerpo sostenido con sopandas como las antiguas carrozas o las damas de miriñaque.

EL BUEY

TAL como le vemos hoy le vimos toda la vida. El buey tiene siempre sesenta años. ¿Le recordáis bullicioso? En cambio le recordáis cachazudo y pacífico, barbicano y con gafas. Lleva la paz consigo. Los melíficos ojos de la bestia endulzan el paisaje, la hora y las palabras del contemplador. Su larga y lenta cola impone compás a los objetos y seres que le rodean. Su boca es blancucha y blanducha, y mastica de lado para que la operación sea menos dura, más dulce. Cualquiera diría en esta mañana cruda que le están ardiendo las entrañas. Por este abundante vaho fué llamado al Portal de Belén, al mediar una noche, cruda también. El buenazo se levantó de la cama, se limpió los mocos y se dirigió al Portal.

Su calma y sus sesenta años le hacen muy recomendable dondequiera.

LA RANA

PASAMOS junto a una charca. ¡Patsch! Una pequeña parábola verdinegra se dibuja desde las matas al barro. ¡Quieto! Allí ha caído. Cualquiera diría que cayó del séptimo cielo.

Esperamos a que nos mire; pero ¡ca! Esas protuberancias oculares que lleva sobre su apuntada cabeza no tienen vida. Son como cuentas de vidrio, y granos de pimienta, y ojos de pez ahogado, y un algo de intestino muerto.

La contemplamos en silencio y en espera de que se anime. Pero es inútil. Aquello no es un ser vivo; más parece un pisapapeles de mal gusto.

Levantamos la vista para ponerla en el horizonte, que se va pintando con los colores graduados de la tarde. Es la hora predilecta, íntima y recogida. Véspero, jugoso y rutilante, llama a sí el pensamiento...

¡Cra! ¡cra! ¡cra!

Nos levantamos eléctricamente y, al echar a andar —puesto que todo se fué al diablo—, ve-

mos que la rana saca, de bajo el vientre, unas ancas inverosímiles y vuelve a describir la parábola, que ahora es negra.

¡No estaba muerta, no! Ni perdió su agilidad. Viene a ser como la criatura-serpiente de los circos, más saltarina cuanto más descoyuntada.

EL MONO

VEINTE siglos de civilización cristiana, por lo menos, ha tardado el hombre en notar su parecido con el mono. El mono, en cambio, lo sabe de siempre. Como asistió al progresivo mejoramiento del hombre, conserva la sensación del rezagado. Esquiva mirarnos directamente y procura escapar y ejercitarse en cosas que le distingan y separen del hombre. —«Ya que no fuí como él, sea cada vez más distinto.»

Sin embargo, este odio es efímero, aunque intermitente. No es posible que se sustraiga al influjo de la sangre, y así acude a nuestra vera, pone unos ojitos tristes, humildosos y nos imita. Hasta que de nuevo la insolente belleza humana le acogota y da un brinco, enseña sus innobles posaderas y se queda colgado de una rama por el rabo.

Allí se columpia sobre el mundo y distrae su melancolía.

LOS GANSOS

ALLÁ van, al estanque, mohinos, con una jeta de tres cuartas. Son como niños palurdos que no se mueven a gusto en el traje limpio y dominguero. No saben cerrar las manos dentro del guante.

¡Andad, amiguitos patojos! No refunfuñéis, daos prisa, no miréis tanto atrás, que no llevo caña. Poned un semblante más benévolo a este sol que os embellece el traje. Es un encanto la mañana de Dios. ¡Desarrugad el entrecejo!

EL CERDO

Con su cabeza en forma de embudo, sus orejas plácidas, caídas sobre los ojos, lácias como el pañuelo a medio meter en el bolsillo del cursi, y con su rabillo ensortijado, de una ruindad inverosímil.

¡Pobre marrano! La bestia más pudorosa de la creación.

¿Le habéis visto, por esas carreteras y calles, esconder la cara en el pelotón, para que no l[illegible] reconozcan, traspasado de vergüenza, pacie[illegible] de una desnudez sólo comparable a la de la m[illegible] jer cincuentona, de carnes bofas? Sobre todo, el mes de Noviembre, cercana la matanza, cu[illegible] do está en plena seriedad, cuando es una co[illegible] hecha y acabada plenamente, cuando agotó[illegible] elasticidad de su pellejo. Porque en estío es o[illegible] su apariencia. Es más movida, un poco zasc[illegible] dilesca y chiflada.

Cuando asisto a una conferencia sin m[illegible] o a una conversación de esas que tratan de e[illegible] taponar y ahogar los sentidos, traigo a la memoria la entrada de los cerdos en el corral. ¡Qué trotes, qué movimientos de orejas y de patas!

LA LAGARTIJA

RÁPIDA y flexible, uniformada como la milicia moderna, conforme al suelo que pisa. El color verdi-pardo del dorso es pura medida táctica.

Después de una corta, pero desenfrenada carrera, se para.

Parece que mira al cielo y escucha; le gusta el sol y el silencio.

Muy lisa, muy aseada, de línea coquetona, elegante y fugaz, atrae a los chicos que más tarde serán hombres y seguirán jugando con limpias, bien dibujadas, coquetonas y fugaces figurinas y aguantarán la vejez junto a ellas, aunque menos atildadas, menos dibujadas, menos coquetonas y menos fugaces.

EL PERRO

Cuando veo a esta llama de atención que es el perro; cuando le veo seguirme con los ojos, saludarme con los brazuelos, espiar, ladrar en mi defensa, mover el rabo alegre a mi llegada, echarse a mis pies hecho un ovillo, todo sumisión, surge al instante en mi memoria la imagen del hombre que, por su voluntad, convertiría en perros a todos los seres que le rodean, a la mujer, al hijo, al inferior jerárquico. Y entonces me voy al perro y le digo con toda la efusión de que soy capaz:

«Mira, perro, yo no te voy a pegar nunca, ni te voy a suprimir la comida, ni a echar de la casa, ni a disminuir mi benevolencia para contigo. No me temas; no seré nunca el superior. Pórtate como te portarías en mi ausencia. No quiero esclavos ni aduladores.»

Y el perro me tuvo por idiota.

EL FAISÁN

NADA más peripuesto y lindo que este cortesano; casquete de oro, pechera roja, casaca azul y larga cola, fina como un espadín damasquinado. Todo brillante y pulido.

Pertenece al cuerpo diplomático; sabe la lengua inglesa, sibilante, insinuante, y la pronuncia en tono bajo. Presume con las damas y juega al *bridge*.

EL ANTÍLOPE

Es un anarquista de guardarropía. Generalmente lo tienen encerrado, pero algunas veces, cuando surgen algaradas y temblores sociales, le vemos salir de una calleja hedionda con su semblante fosco, sus barbas mates y sus greñas sucias, un traje pardo y un roten formidable.

Es una criatura selvática; fuera de la sociedad; atrabiliaria.

EL BUHO

El campo está solo y negro. La luz baja, sobre mi mesa, ampara la intimidad. Pálpase el recogimiento; parece que más allá de la luz no hay nada, nadie.

De repente abre el buho, con un puntazo de opaca sonoridad, un boquete en la maciza negrura.

¿Qué dices tú —pobre buho— inmóvil en el manteo silencioso de la noche? Una vaga sombra que se aleja es tu voz puntual. ¿Lamento amargo? ¿Ves mucho abriendo los ojazos circulares? ¿Ves más de lo que vemos los tristes en la negrura sin fondo?

¡Pobre buho! Sí, pobre. ¿Por qué no has de serlo? ¿Por qué tu cebo está en las vísceras de las bestias y en la carroña de cien días?

¡Nada tienen los hombres, ni los dioses, que echarte en cara!

EL ELEFANTE

MONUMENTO rotundo, con fachada prediluviana,que soporta y transporta castilletes en los países lentos y que con una suave caricia de su nariz derriba a un hombre.

A pesar de su lentitud conservadora sospecho que sea un redomado anticlerical. ¿Cómo es posible que a estas alturas, en el siglo xx, no sepa el desventurado que si le hacen la dolorosa extracción de los colmillos es para tallar Cristos o Santas-Marías?

También sospecho que se trata de un ser pudoroso. Obediente al sentimiento del pudor encoge las indecorosas nalgas con que sus progenitores le agraciaron. Por ellas se le puede catalogar entre el cochino y el hombre fondillón. ¡Estaba por regalarle unos tirantes!

LA HÒRMIGA

No te parece que es un expolio eso que estás haciendo del granero?»

Y luego, ¿por qué? Por puro afán acaparador.

¡Ah, diligente comunidad, acaparadora y recia de pico; tú consigues que cada sencillote labrador se sienta, por unos instantes, un disolvente Combes!

LA ZORRA

El corazón le ha dado un vuelco al sentir la cuerna espantosa.

Pero ha sido un vuelco nada más.

Ella sabe...

Ella sabe que es la cuerna.

EL PEZ COLORADO

TOPANDO con el hocico en el vidrio de la bola, tornando arriba y abajo lentamente, sin un destello de luz interna, este animalillo es un pobre idiota *non nato.*

El hombre lo agarró y lo metió en este globo transparente, inverosímil, que cuelga de un hilo y está quieto en el espacio, para ver en el juguete representada su alma.

El alma es un globo muy diáfano, irreal casi, suspendido y quieto, donde se agitan cosas.

Cuando tenga, lo que en ella se agite, parecido con un pez colorado, el alma pide plaza en un hospital.

EL PAVO VULGAR

Qué tendrá esta criatura en el gaznate, que así lo estira y así tose?

Con lento y medido paso —paso de parada—, discurre, sin sentirse vejado por la caña del pavero que amaga sobre su cuerpo. El flato que le posee le hace decir:

«Tú fíate de mí... Eso que te han dicho es falso; yo sé de buena tinta... ¡Nada, nada! No le des vueltas; las cosas son como son y todo eso es de gentecilla ruín y melindrosa. Hay que tener altura de miras. ¡Glo-glo-glooo!

EL CANARIO

PARA este rapazuelo virtuoso tengo yo siete jaulas. Es toda una fiera.

Podrá lucir un plumaje gualda, muy noble; ostentar desenvoltura picaruela y grácil; podrá tener unas patitas delicadas y sonrosadas y un pico...

¡Ah! ¡Esto sí que no!

Las gargantas famosas y los picos de oro bien están en el jardín una hora, unos instantes y que luego el viento se los lleve a otro lado. Pero vivir con ellos es como vivir con una de esas temibles personas que han leído sólo un libro en su vida y se lo saben muy bien, sea el de Darwin o sea el de Kant.

EL CISNE

Este es el cisne bello, Narciso de los estanques, nadador sin ajetreo que desvirtúe su magnífica silueta.

Cuando ve que le contemplamos se acerca y evoluciona con saber muy femenino. El sol penetra en las nevadas oquedades de su plumaje acuciadoras del beso, más que de la admiración, por lo soberanamente bellas.

Es todo lo que hace. Y cuando lo ha hecho se aleja tan pechisacado y orondo como teniente de húsares.

Si en vez de blanco es negro, el cisne cambia de humor. ¡Ah, la influencia del traje en el ánimo!

Sus evoluciones y paseos lacustres son las evoluciones y paseos de una sombra.

Es la sombra de su hermano el victorioso.

EL FLAMENCO

No he visto escupir a los flamencos. Tal vez no escupan. Y es lástima.

Contaba un pulcro y amado maestro que en las reuniones o claustros —¡en la Universidad Central!—, las flemas de los catarrosos describían parábolas, a veces de largo tiro, por encima de su calva, buscando el lejano escupidor.

Aquellos catarrosos profesores de balística, dotados del pico de los flamencos, hubieran depositado la salivilla en el escupidor con toda calma y sin peligro para los compañeros.

LA MOSCA

FRÓTASE con verdadera fruición las patitas de atrás. Luego, con las delanteras se atuza el cogote, bajando la cabeza, como para degollarse. Luego trenza y retuerce de nuevo las otras. Luego se remonta, describe unos pequeños círculos en el aire sin salir del mismo sitio, ni más alto ni más allá, en el centro de la habitación, donde permanece girando horas y horas y persiguiendo a sus hermanas. De pronto, como siente fatiga, decide que otra la lleve en volandas, lo que suscita furiosa protesta de la comadre.

Todo pasa pronto, y sigue la rueda hasta que vuelve a detenerse en el visillo y hace otra vez gimnasia de remos, frotándose y retorciéndose de gusto. Sin duda, en estos momentos piensa: «no estaría mal otra vueltecita».

Ayer le vi comiendo, es decir, tocando con su pequeña trompa en la matadura de un mulo viejo, hoy le veo sobre el pan de bizcochos.

LA PALOMA

EROS y Mercurio unifícanse en ella. Dice la paloma: «Yo soy el amor del Padre y del Hijo, el gancho que hace de tres uno. Los tres somos uno en el amor».

Otras veces dice: Yo soy la mensajera. Como sé orientarme; como desde el cielo sé cuál es la morada y el ventanal de Teresa en Ávila, puedo trasladar a la oreja humana la palabra que me dicta el Señor».

Por lo demás, ella es guapa y fina de cabos, más grata que la seda es su vestidura al tacto y más mimosa y dispuesta al arrullo que las novias en luna de miel.

Es un piropo fácil para el galán y es una distracción decente para los ancianos.

EL DROMEDARIO Y EL CAMELLO

Ahí van el de la giba y el de la doble giba. Creo que son parientes lejanos de Martín, el que vende billetes de lotería en la calle. Mas no se tratan.

Por los infernales desiertos en que arde la arena y el sol taladra como la espada de San Miguel, van pacientes, arrastrando sus cordilleras peludas. Cordilleras en cuyos senos faltan los manantiales, pero hay utilísimos aljibes.

¡Utiles y bondadosos jorobetas, sois una paradoja! No os parecéis a ese bicho malo, colérico, torcido y envidioso, que es el hombre castigado con giba por Dios. Vosotros sois serviciales y pobres de espíritu. De vosotros es el reino de los cielos.

EL OSO

El oso es el oso porque adopta en ocasiones la postura del bípedo, que no le cuadra, y porque se pone a tocar la pandereta o a bailar al son de ella. No se da cuenta de nada: ni del largo de sus ancas, ni del ancho de su torso, ni de su divina gracia. Si se le ocurre dibujará en el aire, gentilmente, una verónica belmontina.

Es tan oso, tan oso —al fin, oriundo de países fríos—, mientras más al Norte menos se conoce el ridículo—, que no le preocupa ni su figura ni el qué dirán. Hace lo que hace por el hecho mismo.

EL ESCARABAJO

Si el escarabajo levantara la cabeza!

Pero no tiene cuello; es su tragedia. ¿No has reparado nunca en lo que vale ética y estética y lógicamente, eso de mover el cuello y por ende la cabeza? Recuerda la estampa de un ternerillo que mire al cielo o a la madre.

Quien no mueve el cuello no ve a Dios, que está en el cielo, que es el cielo; no puede mirar hacia lo pasado.

Quien no mira atrás, quien no vuelve la cabeza en el punto preciso, ni es bello, ni es bueno, ni es sabio, puesto que lo pasado no le sirve, y es lo pasado lo que endulza el carácter y lo que moldea y enriquece el entendimiento.

Créeme: lo más trágico del mundo es no poder ver más que la bola sucia y fea del momento. ¡Si el escarabajo levantara la cabeza!

LA TORTUGA

ESTE curita, de paso torpe, es viejo. Tiene tendinoso el cuello largo y ha caído en la locura de vestir siempre de pontifical.

Los rapaces le dan con el pie, como a las pelotas, y cuando cae panza arriba le abandonan. Y el bueno y paciente clérigo ha de permanecer en tan indecorosa postura, a causa de la rigidez del ornamento, hasta que un alma bondadosa le socorra.

LA AVISPA

TIENE su parecido con la mosca grande y con la abeja. El cuerpo lo lleva listado de amarillo y negro como las ruedas de los simones.

Como la abeja, tiene un aguijón; pero no le sirve más que para pinchar, pues ella liba en las flores — como hace su modelo — y no saca miel. En esto es hermana de los malos poetas.

LA INNOMINABLE

En medio de todo, da lástima que arrastre por el suelo su tenue camisa, su cuerpo de liso mosaico polícromo. ¡Qué bonita cuando se yergue en medio del camino, retadora, con su cabeza lisa de gitana!

Pero la gente no comparte esa lástima. Pesa sobre ella su papel bíblico. Desde hace siglos viene siendo, es y será siempre, acaso, la que con su lengua —¿con esa lengüecilla que parece un pistilo rizado?— musitó al oído de la madre Eva unas fatales palabras de rebeldía.

EL LAGARTO

Por su nombre y por sus hechuras es padre
de la lagartija y biznieto del caimán.
En España es el antídoto de la innominable.

LA CIGÜEÑA

No le bastan sus propios zancos; ha de subirse a las torres.

¡Qué manía de alturas tiene este guarda rural, siendo, como son los malhechores que persigue, ruínes y apegados al terruño!

Como San Simón, el Estilita, y como la grulla, es capaz de dormirse en un pie.

Como el flamenco, guarda su pico bajo el ala y luego lo saca, cual si desenvainara un sable.

EL CONEJO

SENTADO a la morisca, sobre las piernas, ofrece una silueta boliforme con orejas de burro.

El más bonito de los conejos, el blanco, enciende y apaga las rojas bombillas de sus ojos.

Un resorte burlesco tiene en la nariz y otro en las patas. Merced al segundo, escapa; merced al primero, se ríe del cazador.

Sabe mirar de reojo, de un modo impertinente y contraído, como las viejas desconfiadas.

EL RATON

NARIZ para llevar quevedos; mirada aguda; simpatía infantil; barullo y sobresalto. Baja por la cortina, recorre a lo largo la cornisa del zócalo, luego se lo traga la tierra.

Aunque se le contemple parado sigue siendo la imagen de la rapidez azorada, no sé si por las orejillas o porque tiene en guardia las patas.

Las vivas cuentas de azabache de sus ojuelos ven, se les nota demasiado que ven. Otros animales, con mayores ojos, miran y ven menos. Y son ojuelos febriles en medio de su agudeza.

Le atraen los boquetes. No le he visto pasar por el de una aguja, mas no me extrañaría.

Las mujeres le temen.

EL BUITRE

Ya en los ojos inteligentes brilla la rapidez y en el pico –inentrañable arma guerrera—, y en las patas, gruesas, ganchudas y arrugadas.

Viste hábito monacal franciscano —¡oh venerable santo de Asís!— y para complemento del hábito tiene pelada la cabeza y le sirve de cerquillo la hirsuta gola.

¡Carne, carne y carne! ¡Y carne podrida! ¡Cómo te gustaron los ojos amarillos de aquél francés en una colina del Marne! ¡Cómo te supo aquél corazón beduíno en las vertientes del Atlas! ¡Carne, carne y carne podrida! Así te ves de ese color. Si tú comieras mata verde o grano rubio, entonces... entonces no serías buitre.

LA ARDILLA

CON la rapidez de un convoy en el cine, pasó este conejillo de cola peluda y levantada como penacho militar equivocado de sitio.

Se agazapa y escudriña, da un salto y mira atrás. ¿Qué le solivianta, qué le mueve?

Corre por las ramas, salta de un árbol a otro, pasa por los sitios más difíciles poniendo sus patitas en apoyos endeblísimos. Pasa por el Instituto como una estrella fugaz, por la Universidad como un cohete ratero, por el distrito como una exhalación, por las Cámaras como la traca. Llega al Ministerio.

¡Mírala, mírala! Allí está, en lo alto.

Da gusto verla correr, pero ¡es tan ardilla!

EL CANGURO

ESTA buena madre tiene perpetuos dolores de tripa a juzgar por la postura. En apariencia son dos bichos acoplados, aunque no lleve al hijo en la bolsa.

Sobre dos patas de madera en escuadra y un rabo gordo y largo que viene a ser la tercera pata del trípode, queda montado un segundo bicho menos fuerte, pero más armónico, que contrae sus manitas y juega su cabeza de cabra orejuda.

EL AVESTRUZ

Es una solterona inglesa trotamundos, llena de plumajos que un día tuvieron esplendor. Su largo cuello rosa, es de caucho. Su cabecilla pelona e impertinente, rematando el tubo, sube y baja como un émbolo a lo largo de la pared donde mira constantemente, no se si con el fin arqueológico de averiguar el despiezo, analizar las junturas y tomar notas del material empleado en la obra.

En sus patas descarnadas, sostiene un cuerpo que tiene algo del dromedario.

LA LLAMA DEL PERÚ

HOLA! ¿Qué hay? ¿Me esperabas? Perdona mujer.»

Pero la llama es la altanería y el desdén.

No se inmuta. Sigue con su cabeza carneril levantada, avisora, retadora.

Como tiene un lomo plano de azalea —jamuga natural—, me acerco pensando en que tal vez no fuera un disparate utilizarla cómo vehículo. Mas, de pronto, sin salir de su gallarda portura, me despide un salivazo hediondo que me da en el pecho.

Da media vuelta y se pone a morder las matas del cercado.

EL CABALLO

¿Caben todos los caballos en un molde? *Pegaso, Aquiles II, Rocinante.*

Todos los que tú ves por la calle, no. ¿Cómo vas a meter en un mismo molde la sardina del alquilón, que anda de lado como las agujas del reloj, sin adelantar longitudinalmente, y el robusto normando o percherón?

—¡Perdona! ¿Es que tú no tienes un caballo en la cabeza?

—¡Hombre!

—Sí, un caballo matriz de todos los caballos.

—No sé, no sé.

—¡Bah! ¡Qué falta de sentido científico!

Por lo demás, el caballo, es el bicho predilecto de los héroes. No vemos al germano Atila sin su caballo, ni al castellano Alonso Quijano, ni siguiera a la Reina Católica.

Sólo Jesús —en esto como en todo humilde—, rehusó el caballo e hizo, como sabéis, su entrada en Jerusalén sobre una tranquila pollinica.

LA MULA

Ha de ser negra. Negra y bien pelada. Las grandes tijeras del gitano dibujaron en su culata, con el mismo pelo, una labor denticular de realce y brillo o trazaran una línea horizontal a medio cuerpo de modo que el animal aparezca forrado en las partes bajas. Con estas labores y los madroños variopintos, la mulilla siente un brío majo, zaragatero y festivo.

Existe una estrecha relación entre sus atavíos y la mantilla española. Madroños, campanillas, cintas y, luego, una cara sombría y unos ojos de azabache, enormes.

No me gusta la sonrisa de la mula, ni sus narices atrompetadas.

Que es testaruda, dicen. Sí; herencia asnina irremediable. Además, ¿vale la pena? ¿Es cosa tan mala la testarudez? ¿No estamos convencidos de su eficacia?

EL LEÓN

No conozco más leones que los del *Retiro* de Madrid y esos como son falsos, como son de Benlliure, no me interesan.

ANÉCDOTA DEL BESTIARIO

DIEZ, doce, catorce personas acudieron a ver los bichos. Unas tenían caras amables, gozaban sencilla e ingenuamente con la visión de cada jaula. Otros llevaban monoclo y jeta criticona.

Una de éstas se dirigió al embalador, aparejador o custodio, al bestiario y le dijo:

—¡Oye! Tú que tanto sabes y tan bien distingues unas alimañas de otras, ¿puedes decirme la diferencia que hay entre las enjauladas y el hombre? Entre tú y ellas por ejemplo.

Contúvose un poco antes de responder, como advirtiendo al interlocutor que había sido apreciada la insolencia y luego:

—En que los animales no pueden ponerse freno a sí mismos y el hombre a sí mismo y a los demás.

PREOCUPACIONES

Al meterse en la cama el bestiario, piensa en las habitaciones y *confort* de las alimañas del mundo. Es por lo mismo por lo que el buen burgués piensa durante las noches de invierno, pegado a la chimenea, en las criaturas sin paño ni hogar.

La madriguera, el hormiguero, el nido, la cueva. Aun los albergues que con destino a las bestias fabrica el hombre: establos, pocilgas, gallineros, palomares, conejeras, casillas perrunas y jaulas de toda especie.

¡Qué desnudez, qué frialdad, qué hórrida desolación en las humildes moradas!

¡Cuánto daría la jirafa por una almohada en que descansar el artilugio de su cuello! —se dice el bestiario.

¡Qué almohadón querría el mono para sus nalgas! ¡Qué cojín, el conejo!

Insectos hay que duermen agarrados por la boca a la varilla de un arbusto, guardando su cuerpo un perfecto plano horizontal. Por mucho pico que se tenga ¿es posible que sea divertido dormir así?

Por lo que atañe a la indumentaria ¿no agra-

decería unos calzones de abrigo el flamenco?

La cigüeña debería usar brasero de camilla. Al oso no le disgustaría tener una mesa de ministro. Acaso le agradase al gallo una panoplia. La sierpe se embobaría con un fonógrafo. La gata no sabría separarse de la alfombra.

En las pocilgas no estarían mal unas bañeras. Ni unos urinarios en las cuadras.

Al loro hay que ponerle un vasito con clara de huevo, para la voz, en la mesita de noche. Hay que buscarle una bufanda al avestruz y a la tortuga, un reloj.

El oso, el tigre, la pantera y el leopardo no se preocupan de su pellejo y yo no quiero ser más papista que el Papa. Dicen que al morir pasan a una vida mejor, a los salones ricos, donde les acarician los diminutos y aristocráticos pies.

Pero he de tomar nota de lo que cada uno precisa. La buena organización se impone. Porque... ¡es un fastidio! ¡Aquí todo está por hacer!

LOS PROBLEMAS DEL BESTIARIO

ACTO GUBERNAMENTAL.—Las alimañas fueron incorporándose a la corte de mis pensamientos a lo largo de mi camino. Yo ni las atendía. Las miraba, y adelante. Así se fueron apiñando y creciendo, hasta que una noche, falange poderosa ya, se levantaron, como los hombres menospreciados, en demanda de atención o solicitando sus derechos dentro de la farsa mundana. Yo entonces, como los monarcas despóticos que ven su causa perdida, les di constitución. Esta es la constitución de las bestias.

Amiga mía, no es más que un acto de liberalismo.

HIGIENE Y DECORO PÚBLICO.—Poco a poco, las alimañas van entrando en razón y acogiéndose a las ordenaciones municipales y domésticas. El gato, verbi gracia, va como una persona bien nacida a un determinado lugar a su hora precisa. Orden acatada por él que revela un instinto de limpieza incomparable. También para sus amores, obedeciendo a mis consejos, sale de casa en busca de tejados propicios.

Si la luna ríe tanto en el cielo es de ver sus coloquios.

La enseñanza y las Bellas Artes.—Hoy vino el grillo, en calidad de artista, a protestar de que se tenga con la chicharra tanta benevolencia y a pedir la exclusiva para tocar en las noches estivales.

Los caballos, en comisión recién llegada, piden nuevo reglamento para las escuelas de doma. Dicen que así como los maestros de palmeta se suprimieron en las escuelas humanas, deben suprimirse en las suyas los profesores del zurriago y las espuelas. Les parece mucho más honorable el método persuasivo.

Yo he ordenado que se impriman cien ejemplares de este método y se repartan a los profesores de equitación.

El problema de la alimentación.—No sé cómo me las voy a arreglar. Los fletes están carísimos y los trenes no andan por falta de carbón. No sé, no sé. Será preciso abrir algunas jaulas y que los bichos se busquen el sustento a su albedrío..Acaso tendré que disolver la colección.

El hecho es que me piden trigo, maíz, avena, yeros, alfalfa, cebada, afrecho, lechugas, pan, alpiste, algarrobas, chicharrones...

Ya hace tiempo que les reduje la ración y que el gato no prueba las sopitas de leche. Y ahora

como se alimentan menos me piden más descanso.

Pronto irán a la huelga.

Antes de que lleguen a ella disuelvo el Bestiario.

De Gobernación.—Hace unos días el perro guardián se marchó de mi casa. Entonces traté de que le sustituyera otro, mas vi que ninguno quería servirme sino bajo ciertas condiciones. Habían constituído un sindicato, y esta es la hora en que estoy sin perro y amenazado de que vengan los lobos y caigan sobre mi corral.

No sé lo que va a pasar aquí. El desquiciamiento que yo temía se inicia. Las gaviotas, aves marinas adscritas al Ministerio de ídem, lanzan un manifiesto amenazando con no dar escolta a los buques. Los quebrantahuesos, las gigantescas aves procelarias, de plumas oscuras y formidables picos, están dando la puntilla a los peces más listos y fieles de mi reino.

Los albatros gruñen furiosamente, agoreramente. Entre las águilas y otras aves de rapiña se notan movimientos sospechosos. El aspecto de los buitres no es nada calmante.

No me cabe duda de que se aproxima el fin del mundo. Hay señales inequívocas de corrupción y aberración: las marranas *se timan* con

los camellos, las mariposas revolotean sobre el estiércol, las ranas piden un presidente de república.

¡Esto se va! ¡Esto se va!

RESOLUCIÓN. — He disuelto el Bestiario. He acabado con él o él ha terminado conmigo. No puedo luchar más. Ahora me voy a mi retiro; a mi huerto y mi jardín, donde no permitiré la entrada de bicho alguno. Allí tengo flores, árboles, agua, una casita solariega, un jardinero fantástico y unos bancos de bambú que yo fabriqué de niño. En ellos compuse las primeras poesías y en ellos quiero seguir versificando.

Atrás queda ese mundo revuelto, agrio, feroz, turbio, pestilente. En cambio, se abren ante mí las delicias de la paz.

«¡YA SALIMOS DE LA COTORRITA!» — Ahora puedo repetir esta frase afortunada de un amigo nuestro, que la inventó siendo niño. Para entenderla hay que relatar el episodio, la comedia trágica que la motivó.

Habíanle regalado a este niño un juguete, una cotorrita de latón. Se la entregaron una mañana y, durante todo el día, anduvo como loco de felicidad, de un lado a otro, mostrándosela a la cocinera, a la costurera, a los amiguillos, a los

de la familia, al portero. Su fantasía estuvo trabajando desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, sin momento de tregua. Pero al llegar esta hora se dió por vencido. Entonces fué al ojo de patio y desde el tercer piso la tiró con furia a las baldosas del fondo. Luego, volviéndose a su hermano, dijo con un gesto decisivo:

«¡Ya salimos de la cotorrita!»

EL BESTIARIO EN SU RETIRO IDEAL

El Bestiario es un hombre un tantico soñador. Vosotros, los que ya os columpiais sobre los treinta años, por fuerza habéis de saber lo poco envidiable que es este don divino. El buen hombre ha vuelto a la finca donde pasó su niñez. Yo estimo que tales vueltas no debieron hacerse nunca. Veamos lo que ha escrito al día siguiente de llegar al pueblo andaluz:

Aquí, querida amiga, voy a darte cuenta de mi nueva situación. Quiero hablarte de muchas cosas, que ahora vuelven a rodearme y que para ti fueron un día tan familiares como para mí. Es esta una empresa difícil, sobre todo si queremos huir de lo sentimental. A fin, pues, de precaverme contra esto en lo posible, voy a dejar la carta y a enumerar sencillamente las cosas que vuelvo a encontrarme, añadiendo a cada una la pequeña nota descriptiva que me suscite.

Los higos chumbos.—Esta mañana, cuando me hube levantado y salido al jardín, vino la criada y me dijo: —Señorito, ¿quiere usted unos *jiguitos chumbos*, que ahora por la mañana es-

tán más frescos que la nieve? —Sí; tráemelos aquí.

La mujer se fué, y a poco vino de nuevo con un lebrillo colmado de chumbos.

—Pero mujer, a qué traes un lebrillo. ¿No sabes que yo me contento con comerme tres o cuatro higos?

—¡Señorito, si esto se come sin sentí! Yo me desayuné esta mañana con docena y media, y esto es una ridiculez el decirlo.

—Bueno; tú te puedes comer los que te dé la gana.

Frasquita, con una escobilla, fué sacudiendo las frutas, para quitarle en parte las espinas pequeñísimas con que se precaven de la tentación ajena. Luego agarró el cuchillo y dió los tres cortes clásicos: dos para cercenar en limpio los extremos y uno para poder abrir y hacer que se despegue el higo de la cáscara.

En esto, llegó Pepe el jardinero.

—Buenos días, señorito.

—¡Hola, Pepe!

—Se stá sté desayunando ¿eh?

—Sí.

—Es, indijcutiblemente, la fruta más sabrosa de toas. Yo, si tuviera dinero, jacía una fábrica de azuca sacándola del jigo chumbo. Pa mí que no hay otra fruta que dé más durce. La única

contra que tiene son las pipas, que se le meten a uno en las muelas. Si no juera por eso, estoy seguro de que en el extranjero se vendía mejó que el aguacate y que la chirimoya.

Esta ensarta de sentencias, exactamente la misma —tú la recordarás—, la repetía Pepe, allá, en aquellos tiempos, y la volverá a repetir mañana y pasado y siempre que me vea comiendo higos chumbos.

El jardinero.—Pepe, el jardinero, no es un hombre vulgar. Tiene lengua; es decir, sabe explicarse. No es como aquel palurdo que venía a visitarme hace años, cuando yo estaba bajo el dominio de unas interminables calenturas de de Malta, cogía una silla, se sentaba frente a mí y no sabía decir otra cosa que esta: «Conque calenturitas, ¿eh? ¡Puñemeras calenturitas!»

Pepe es un hombre de palabra fácil y pintoresca. En el pueblo le llaman Castelar. Lo que más le admiran sus paisanos es el uso de las palabras cultas que intercala en su pintoresco lenguaje.

A mí lo que más me divirtió siempre fué ver el aplomo con que, después de enfrontarse con algo desconocido por él, dictaminaba. Cuando yo era estudiante del bachillerato y andaba a vueltas con la geografía astronómica, me em-

peñé en hablarle del cielo, de las estrellas, de la órbita que la tierra describe en torno al sol y de la redondez de la tierra. Pero Pepe se oponía a esto último. Lo del cielo no le hacía efecto; me escuchaba sin replicar. Pero no admitió nunca la redondez de nuestro globo, por más que yo —falto ya de argumentos—, recurriese a mi palabra de honor.

De los caminos del mundo y de la situación de los continentes tenía una idea mucho más pobre que San Isidoro en el siglo VII. Una vez, un individuo del pueblo, que había determinado emigrar a América, se acercó a un grupo, en que estaban un tío mío y Pepe el jardinero, para comunicar su partida. Mi tío tenía no sé qué hacer por aquellos días en Cartagena y le había dicho a Pepe que pensaba marchar allá. Así es que, cuando llegó el emigrante y anunció lo que deseaba, saltó Pepe: «Oye, entonces puede ser que te encuentres con el señorito en Cartagena».

Tenía también sus teorías sobre la Aritmética. Aseguraba que con dos, de las cuatro reglas, tenía suficiente un hombre. «Yo —me decía— le hago a usted todas las cuentas que quiera, no sabiendo más que sumar y restar».

Así era y así sigue siendo Pepe el jardinero. En la casa contigua a la nuestra tiene un com-

pañero que le da ciento y raya en originalidad. Este hombre, los domingos por la mañana va a vestirse de limpio a tres leguas del pueblo, donde viven sus padres. A la noche, cuando vuelve, está tan sudoroso y empolvado como la mañana del domingo.

Ahora recuerdo también a Rafael el capataz. Su recuerdo me repugna. Cuando éramos chicos mi primo y yo nos contaba cuentos de un impudor brutal.

LAS FLORES.—De todas las que había en el jardín, tres eran las predilectas. El jazmín, el carambuco y el heliotropo. El jazmín era para nosotros algo así como lo limpio, lo pequeñito, lo fresco y alegre. El carambuco, esa borlita, tan grande como un botón del chaleco, amarillenta y mate, es de un olor tan suave y gustoso que nos atacábamos la nariz con ella. El heliotropo era también muy preferido, pero la verdad es que nos empalagaba. Es el único de los tres que ya no existe. ¿Recuerdas dónde estaba la mata? Allí, junto al portón del *cau*.

Al pie del jazmín, oculta en el suelo, estaba la llave del saltador de la alberquilla. Hoy me acerqué al registro y le di a la llave, pero no funcionó. En cambio, sobre la alberquilla y las macetas que la circundan, siguen como locos

los brillantes y multicolores caballitos del diablo. Los mismos.

LAS HERRAMIENTAS.—¡El amocafre, el rastrillo, el peine, el azadón y la azada! ¡Qué de sutiles escalofríos de bienestar debemos a estas rústicas herramientas! Cuando el jardinero cogía el amocafre —ese pico curvo como dedo de arpía—, y lo hincaba en la tierra para sembrar un clavel; cuando el jardinero iba limpiando los paseos de las hojas caídas del níspero; cuando luego peinaba la arenilla de los senderos; cuando agarraba la azada y volvía una toma de agua, una torna; qué de pequeños embelesos!

MARIQUILLA.—La hija del jardinero sigue sin casarse. Al volverla a ver he notado en sus ojos ese frío desolado de las mujeres cuando les pasa en vano la edad del amor. Frente a ella, estuve por decir: «Mariquilla, tú y yo, somos dos seres inútiles para la humanidad».

Lo más horrible es pensar que todos, absolutamente todos, incluso ella, sabíamos que no se casaría nunca. Ella, no me cabe duda, lo sabía. ¿Por qué, si no, aquella eterna mudez de la niña, aquella eterna tristeza, hasta cuando la sonrisa apuntaba en sus mejillas?

Todos conocíamos su sino. Había venido al

mundo raquítica y llegó a mujer. Su cuerpo es de enana.

¡Pobre! Hubo una noche —hace años—, en que vi con toda claridad y relieve el hondo desconsuelo de aquel alma condenada a no gozar jamás del amor. Fué una noche en que, la servidumbre, se reunió a cantar y a tañer la guitarra en casa del jardinero. Yo no había oído nunca en boca de Mariquilla más de dos palabras. De repente, a una reiterada petición de todos, Mariquilla rompió a cantar una copla. El sentimiento que puso en ella no he vuelto a oirlo jamás. Fué una confesión en voz alta, como la de los antiguos cristianos.

«El pater».—El cura del pueblo, «el pater» como le decían algunos de la casa, ha venido a verme en cuanto llegué. El pobre tiene también su tragedia. Ya está viejo y muy mellado. Este desmedramiento de la boca hace que su charla sea más confusa de lo que era. Apenas si le entiendo.

Tú no te habrás olvidado de él. Tú asistías como las hijas de las demás familias veraneantes a la misa, los domingos. Tú tienes que acordarte de las maneras y gestos de este hombre. Era la curiosidad la que le perdía, la que le arrancaba de cuajo todo el matiz de recogimien-

to que exije aquella ceremonia religiosa. Así al pronunciar el *dominus vobiscum,* lo prolongaba mucho, lo prolongaba más, a fin de hacer con la vista un paseo por la concurrencia devota. Ya estaba vuelto al altar otra vez y seguía con el rostro torcido acabando de escudriñar lo que había en la nave del evangelio.

Pero es un buen hombre. Lleva más de cuarenta años en este curato. Ya no aspira a una parroquia ciudadana. Ha fabricado, por sus manos, una casita que comunica con la iglesia y en ella vive con su hermana, una soltera vieja de rostro varonil, feo y lleno de berrugas, de voz ronca y ojos henchidos de agua siempre. La pobre es de una cortesía de tratado de urbanidad muy digna de agradecer, pero algo azorante.

Con esta señora y con sus hortalizas vive el buen pater. No tiene amigos en el pueblo. Se ha defendido lo posible del salvajismo que le rodea, pero en cambio, el apartamiento le ha ido entumeciendo más y más la ya de joven poco activa sesera.

Sin embargo voy a buscar su conversación. Para mí tienen mucho interés las costumbres del pueblo, que él puede estudiar mejor que nadie, dado su oficio. A él le oí una vez que las devotas —no sé si de la Virgen del Carmen—

cuando están en la agonía, han de tener el cuerpo en la misma dirección que las vigas de la techumbre. Otras hay que han de morir con la cabeza apoyada en un ladrillo. Sí; el pater sabe muchas cosas curiosas de esta gente.

Y ahora te contaré la tragicomedia de su vida, que, claro está, no he sabido por él. Resulta que, una feligresa viuda, le ha estado requiriendo de amores durante cuatro o cinco años. Y no de un modo insinuante o velado; a la luz del día y atacándole de frente. Por lo pronto, viendo que el cura rehuía su conversación, discurrió que le confesaría sus amores en el confesonario. —«Aquí no tiene otro remedio que oirme», se decía.

Y se presentó en la iglesia una mañana. Las comadres del pueblo, que conocían la desordenada afición de *La Marrullera,* como le decían, corrieron la voz y medio pueblo estaba en la iglesia al poco tiempo.

Las penitentes iban pasando por el confesonario. Al fin le llegó el turno a *La Marrullera.* El silencio del templo se hizo más intenso. Los curiosos contenían la respiración.

Apenas *La Marrullera* hubo iniciado su sacrílega confidencia, vieron todos que el señor cura se puso en pie y salió del confesonario, dejando a la pecadora sin absolver.

Llegó a la sacristía tembloroso. Apenas acertaba a revestirse para dar la comunión. El desasosiego se transmitió al sacristán y a los monaguillos. Todos se miraban como inquiriendo lo que iba a pasar allí. De pronto, penetra en la sacristía una señora y dice: *La Marrullera* se ha acercado al altar para recibir la comunión.

—Pues no la doy a nadie. Ya comprenderá usted que otra cosa sería contribuir a un grave delito. Así es que haga usted el favor de explicar a todas las señoras amigas suyas la causa por la que voy a decir misa sin dar la comunión.

La Marrullera no se dió por vencida. Un fracaso no es nada para un ánimo antojadizo. Ella siguió espiando todos los pasos del cura. Si había un entierro, se apostaba en las cercanías del cementerio aguardando la ocasión de hallarlo solo. Tuvo que suprimir los paseos por el campo porque le seguía. Un aliento demoniaco trabajaba dentro de aquella mujer.

Como el cura tenía enemigos, uno de ellos se encargó de ir a la ciudad y referir el escándalo de manera que el cura quedara algo al descubierto. Por fortuna, el pater, había dado cuenta al obispado de todas las escenas desde que comenzaron; pero de todos modos le ocasionaron un disgusto más.

Y la mujer sin transigir. Como no era loca

manifiesta, loca de atar, no podían recluirla. El cura acabó por no salir solo a la calle.

Este tragicómico estado de cosas no hubiera cesado nunca, si no interviene brutalmente un hijo de *La Marrullera*, el cual la amenazó primero con la muerte y luego acabó yéndose del pueblo y arrastrando consigo a su madre.

Estas son las personas y estas son las cosas que aquí me rodean. Con ellas sostengo mis diálogos y mis meditaciones. No se cuanto tiempo podré seguir a gusto entre ellos. De todos modos si la melancolía cae ciega sobre mí, ya conozco un remedio bastante eficaz: la distracción metódica, es decir, escribir todos los días un número de horas en un Bestiario o en un libro semejante.

Adiós, mi buena amiga, creo haberme salvado en todas estas páginas de las terribles caídas sentimentales. Tú no sabes el esfuerzo que me ha costado. Acaso, acaso es el único mérito de ellas.

LIBRO TERCERO

EPITAFIOS

UN POCO SONÁMBULO

Artículo que vino a ser prólogo.

La Semana Santa pasada me invitó un amigo a entrar en la iglesia. Conservo grato recuerdo de aquel templo, que no sé dónde está ni cómo se llama.

Vi, apenas entramos, una losa sepulcral que me sujetó férreamente en su presencia. Mi amigo, hombre de curiosidades más varias, me dejó allí, solo, por espacio de media hora y al volver me dijo:

—Pero hombre, ¿qué haces?; ¿todavía estás ahí delante de la losa y como sonámbulo?

—Sí, aquí estoy. He visto la losa; la he visto en su cara externa, la he visto en su sentido íntimo y hasta he visto algo de los caracteres que incorporaban el muerto y su hijo, que fué quien aderezó la sepultura.

—Bueno, pero ¿qué tiene de particular ese epitafio?

—No tiene mucho de particular si excluímos la belleza de la expresión, pero, si quieres, lo leeremos.

Oye, antes, una pregunta: ¿Has visto alguna vez un epitafio de la antigüedad clásica? Pues

te diré uno que recuerdo ahora. Es griego; dice así: «Lenio y Pablo, hermanos, tuvieron una vida común y unida; y unos mismos hilos del hado; y lograron una misma sepultura a la ribera del Bósforo. Jamás pudieron vivir separados, hasta el punto de marchar juntos a la otra vida. ¡Alegraos felices y unánimes! Sobre vuestro sepulcro debiera levantarse el altar de la amistad.»

—¡Qué raro, un epitafio tan explicado!

—Sí; puede ser. Esto se halla bien lejos de lo que hoy se estila. Sobrenada en la forma serena del lenguaje una templanza espiritual bienhechora que nada tiene de común con lo nuestro.

—Así me parece.

Grábalo bien en la memoria y lee conmigo esta otra, completamente cristiana. Lo primero es un encabezamiento latino: *Deo cui omnia vivunt*. Este lema, en el cual aparece Dios, tiene ya la complejidad de las cosas teológicas. Repara en que, puesto con ocasión de una muerte, habla de la vida (Dios por el que todo vive). Se habla de la vida porque a la muerte se la considera como vida y como vida mejor aún. Es la conocida paradoja cristiana, de un barroquismo al gusto de hoy. Pero vamos a lo romance.

«Aquí yace García de Tal y Tal, caballero de hábito de Santiago, señor de las villas de Fuentes y Baldezar, que como sus virtudes correspondió a la nobleza de su linaje. Fué modesto, templado, amable, liberal con los vivos, piadoso con los muertos, amparo de pobres y necesitados. Murió en paz, lleno de días y de buenas obras, de edad de 93 años, en 9 del mes de Febrero de 1613. D. Jerónimo de Tal y Tal, con agradecimiento y tristeza, lo hizo poner a la buena memoria de su padre muy querido.»

—¿Qué te parece?

—Muy bonita; más bonita que las nuestras. Pero no veo mucha diferencia con la recordada por ti. Es larga y de lenguaje sereno.

—Bonita, sí es. Acaso la más bonita de las que yo he visto. Su estructura es magistral. Estamos viendo a este buen hijo don Jerónimo depurando la expresión días y días, a fin de prestarle altura, cristianismo, limpieza y algo de diafanidad clásica.

Pero la objetividad clásica no se satisface solo con un lenguaje diáfano y sereno. Y los hombres posteriores a Cristo han logrado rara vez la objetividad. El individualismo con que Jesús enriqueció la vida, asoma en todo lo cristiano.

A mí lo que más me interesa de esta losa es

su fisonomía castellana. Ella se manifiesta sobre todo en las palabras: «*Fué modesto, templado,* amable, liberal con los vivos, *piadoso con los muertos, amparo de pobres y necesitados.*» La templanza, la continencia, la sobriedad; eso que envuelve a las más claras figuras de Castilla como a los rudos pegujaleros. Luego lo otro: piadoso con los muertos, amparo de pobres y necesitados. La religión y la caridad. No, digo mal. Ni la religión ni la caridad, como conceptos absolutos, son los que caracterizan a estas gentes. Es el hecho religioso concreto de apiadarse con los difuntos y el hecho caritativo estricto de socorrer al menesteroso.

En esas palabras están resumidos hasta los aspectos exteriores de los pueblos castellanos que se conservan inmóviles desde aquella época: un señero palacio y mucha miseria a su alrededor. Un palacio de arenisca, que alardea de italiano, y un caserío mísero; de adobes o tierra cocida al sol, cuando no es de cuevas, en donde las personas y las bestias cruzan hermanadas sus jadeantes respiraciones.

También se ve entre líneas la decrepitud de un linaje. Yo no sé decirte quién fué don García ni he de enterarme. Pero de fijo no fué uno de aquellos hombres de empuje inafrontable que, como saetas, salían disparados de sus pueblos,

andaban medio mundo, enriqueciendo el alma, los sentidos y la bolsa, y luego volvían gloriosos al lugar nativo. Las empresas en que hubiera tomado parte lucirían en la inscripción, porque el hijo, bien orgulloso de su linaje, se ve que busca títulos. Sí; asoma un poco la vanidad en medio de tanta belleza. Porque al fin y al cabo don García nada hizo, sino ser virtuoso.

Don Jerónimo, el hijo, hubiera llenado muy a gusto con breves referencias de hazañas o hechos valientes, la piedra. Pero al pensar en su querido padre no halló sino virtudes de bondadosa pasividad. Le vería en un sillón de baqueta, junto a la mesa de camilla, *lleno de días* ya, en las mañanas invernales, en la quietud de su casa, en su villa de Fuentes, más quieta todavía, por sobre la cual las nubes parece que navegan menos raudas que sobre Madrid, y las personas, de hecho, hablan con más lentitud.

—¿No crees, le dije a mi amigo, que así debió ser concretamente su vida?

—Me parece bastante lógico todo eso. Y ahora, te diré que ya veo por qué te quedas sonámbulo delante de cualquier cosa.

—Y tú, ¿qué has visto?— le interrogué.

—Pues he visto la iglesia, la sacristía, los altares...

—¿Y qué has visto?— insistí.

—Pues... nada.

—¿Ves tú? Hay que ser un poco sonámbulo.

Y de esta visita comenzaron a brotar los epitafios.

EPITAFIOS

ERA INMORTAL

La muerte vino
y le rompió la lanza;
pero también la muerte
huyó alanceada.

ERA MÍSTICA

Sobre un cielo gótico, azul y blanco,
su alma —una antorcha— prendía.
Cuando se apagó la antorcha
ya estaba toda, toda arriba.

ERA FRANCESA

Era granja cultivada
y jardín. Era severa
y sutil. Ahorrativa
y regalona era.

ERA TOLERANTE

En el tribunal de su conciencia:
MEMORIA, JUICIO Y CORAZÓN,
el último era un cacique,
que imponía siempre el perdón.

ERA OSADO

Abrió puertas encerrojadas,
pisó sobre claves deshechas,
cruzó la mar sobre un hilo
y entró en el cielo sin voleta
porque en la entrada dijo: «Pase»
sin mirar a Pedro siquiera.

ERA BELLA

Era de porcelana, fina y leve.
De su paso dejó transparencias,
gratos silencios, besos apuntados,
ritmos de marcha, sonrisas, bucles...
Monadas, que con ella se rompieron.

ERA EL ESPÍRITU

A su vera llegaba un pobre
debilitado por el fardo de la vida
y se alejaba recio y ágil
como el condor o el águila altiva.

Y es que su lengua pesaba
y su ademán impelía.

ERA LA INDIFERENCIA

AYER murió, pero moría
desde que vino al mundo, casi.
Echado al sol, contra una tapia,
fumaba, mirando al aire...
Se lo comían los parásitos
más nada, nada le movió, ni nadie.

ERA VALIENTE

Como al tajo el torrente, se lanzaba al peligro.
Él vivía tan sólo la fe de su entusiasmo
y no paraba en que a la fe sigue el cuerpo
y que a éste le acecha la punta del peñasco.

ERA TAIMADO

Entraba por los desagües,
salía por las gateras...
Nunca topó con el portero
que preside la honrada puerta.

ERA GENEROSO

ERA nube de lluvia
que repartía y rociaba dones;
bautismo de sol manso
que hace fructificar los corazones;
nave siempre dispuesta
a sufrir la borrasca y los tifones
por traernos el trigo
de lejanas regiones.

ERA FARSANTE

EN las naves de Dios, dulzuras cantaba;
en las celdas propias, cieno maldecía;
sus señas personales en el fichero humano
riñen con las sentadas en las fichas de arriba.

ERA EL HÉROE

RIERON las hienas
al sonar el *tin* de su muerte.
Ya se fueron con él la firmeza
y el sentido del fin para siempre.

ERA EL ORGULLO

TODA curva altanera le encantaba.
Supo más de las piedras celestiales
que de las guijas duras de la tierra;
si bien las puso el pie como quien sabe.

ERA LO INATACABLE

QUISIERON comer de su carne;
mas la carne del hombre puro
es, para las fauces del grajo,
cosa indigesta y sin jugo.

ERA FLOR DE IDEAS

Sus ideas
se las robarán los cuervos;
mas perderán su temblor
y serán ideas de yeso.

ERA LA PASIÓN

Fué como un aspa giratoria,
como una turbina sin freno:
Al grupo, al hermano, al país
agitó de la cruz hasta el seno.

FUÉ LA CONTINENCIA

Con la brida, refrenando,
—y con un sentido severo,—
pasó, como pasa el astro,
serenamente el firmamento,

ERA...

Era el júbilo del alba:
voz sencilla, frente clara;
nunca perdió la sonrisa,
nunca ganó la esperanza.

ERA LA MAESTRÍA

El supo de peso y medida,
y supo de coloración,
y de rayas de geometría,
y del momento y la sazón
y de toda gran harmonía.

ERA EL DESENFADO

Al desgaire, como sin gana,
pero al vuelo, supo labrar.
En la selva de sus acciones
sus biznietos se salvarán.

ERA LA INQUIETUD

Dura sábana blanca la del último lecho.
Unicamente su dureza
pudo anular el movimiento
perenne de su alma inquieta.

FUÉ LA RESIGNACIÓN

De sus meditaciones cristianas
dedujo que lo mejor es bien poco;
y desde entonces —hoja suelta—
se fué abarquillando en el lodo.

ERA POETA

Por el aire quieto cruza
un pico loco cantando.
¿Dónde va? ¿Qué fuerza errante
le guiará en el espacio
que no tiene caminitos
seguros ni perfilados?

Pasó como una saeta
romántica, delirando...

Los corderos que pacían
se quedaron extasiados.

ERA UN HOMBRE

Tocó la tierra y floreció la tierra.
¡Sirio! ¡Venus! ¿Estáis a su llegada alerta?

FUÉ CASQUIVANA

Fué mantilla de blondas, abanico de nácar,
faldilla de volantes, castañuela y guitarra.

FUÉ LA MUSA SILENCIOSA

No escuchamos su voz.
Andaba, sonreía, miraba.
¡Con qué pies, con qué boca, con qué ojos...!
¡Y otra vez miraba, sonreía, se alejaba!

ERA LA MESURA

Era un moderno mecanismo
lleno de válvulas y frenos.
Yo le vi bajar por un tajo,
paso a paso, fumando y riendo.

ERA OTRA COSA

Si acibarada fué su palabra
y despectivo el brusco ademán,
yo digo: ¡Culpad a los otros!
Él, por dentro, era miga de pan.

ERA LA ENVIDIA

Si da con el punto de apoyo
y con la palanca arquimédea,
él, deja al hombre en el vacío
quitándole de los pies la Tierra.

NO ERA DE AQUÍ NI DE ALLÁ

Como el corcho, para el cielo grave
y para la tierra ligero,
él no pudo subir un palmo
ni ahondar una cuarta en el suelo.

VIRGEN

Como la cernida nieve
—silencio, frío, pureza—
que cayó en cercado, fuése
inmaculada a la tierra.

ERA LA PALABRA SANTA

PARA los pobres veleros,
para los que bogan mal,
fué un ojo de luz, un faro
alegre en la oscura mar.

ERA EL RESENTIDO

DETRÁS de un árbol, espiaba
—eyaculando amarga saliva—
los afanes con que todos
trabajábamos nuestra vida.

FUÉ LA DELICADEZA

A DIVINANDO una muerte
brutal, de calambres rojos,
apartóse de los suyos
y murió en el campo, sólo.

ERA CÁNDIDO

ALGUIEN le dijo y él le oyó embobado:
«La vida es sólo una estación de tránsito».
Y el infeliz sentóse, pidió copas,
lió un pitillo y esperó la hora.

EL ÚLTIMO EPITAFIO

EL QUE NUNCA HUBIERA QUERIDO HACER

NOTA

El tema y la manera de concebir el epitafio me ilusionaban. No había punto ni coma con tinte macabro en ellos: no iban dirigidos a persona alguna fallecida; flotaban en regiones más puras. Eran epitafios ideales a caracteres verdaderos que peregrinan por el mundo anónima o luminosamente.

Pero he aquí que la vida real y tangible se atraviesa en el camino. La muerte de una persona bien amada.

Y no pude volver a mi tarea.

Puse unos gruesos puntos suspensivos, y plegué con desencanto las hojas de la cartera. Frente a mí estaba el nicho donde enterraron a mi prima y la losa en blanco.

RECUERDOS DE UNA NOCHE SINIESTRA

PERMÍTEME, niña bien amada, ponga aquí los recuerdos de aquella noche última que pasaste sobre la tierra, fría ya, en aquel cuarto abierto al relente perforador de la madrugada, donde ardían los seis cirios, y yo, con la conciencia rota, entré y salí tantas veces!

Ahí, en una esquina, está el cadáver de la virgencita, envuelto en los blancos hábitos de Lourdes e iluminado por blancos cirios. He contemplado largos ratos las manecitas cruzadas, que ahora son de cera lívida. ¡Ellas, que, hasta en las palmas, tenían rubores cálidos! ¡Yo las había besado tantas veces! Esta noche no quiero besarlas, pero tampoco me atemorizan. ¡Hay en ellas tal prestigio de las formas y distinción de líneas! La ausencia del color es lo que les hace parecer muertas, parecer figuradas. Si tuvieran color serían vivas, verdaderas, y seguramente yo pondría con sumo recato mis labios en ellas. Pero se fué el color, se fué la vida, y ya embozado en mi dolor sordo, difuso y extenuado, entro, salgo y vuelvo a entrar, por ver si vuelve el color a las manos.

Vuelvo a pasear por las calles estrechas que dejan los sepulcros, las losas, las rejas, los árboles. Son las tres de la mañana, las cuatro, las cinco. Hay una claridad sin luna que sólo deja ver las negras lanzas de los cipreces y las blanquecinas superficies de las losas sobre la tierra oscura, como carpeta llena de tarjetones. En el cielo hay un verdadero hervor de estrellas. Parece que se agitan, que luchan por situarse en primera línea, para ser más bellas, más lucidas y mejor apreciadas.

Indudablemente, no me inquietan los cementerios. Subo y bajo escalones, doy vueltas, entro en un patio y luego en otro. Paso por el de las Ánimas, llego al de la Visitación —el que es asimétrico, tiene soportales y los más románticos cipreses—, y doy, al fin, en el que parece un patio pompeyano. ¡La luz velada de la noche ennoblece tanta cosa fea! Luego, de día, he visto con desencanto este último rincón, y apenas he querido volver a pasear por entre los sepulcros.

En el patio de las Ánimas, estando adivinando su losa, noté un ruidito corto. Era entre dos luces. El cielo era blanco, de plata lechosa. Levanté la vista, porque el ruidito vino de lo alto, y vi, en una rama seca, un pájaro.

¡Ah! ¿Eres tú? ¡Creí que tu manifestación primera y matutina era el canto, el alborozo y el gorjeo!, le dije sin palabras, con el pensamiento. Y él volvió a hacer el mismo ruidito con el córneo pico en los secos palitroques.

Yo, entonces, pensé en ti. Tú no tuviste una infancia alegre. Tampoco fué tu manifestación primera y matutina el canto, la risa, el alborozo. Te contentaste con hacer un ruidito leve en los secos palitroques de las gentes con tu bondad, con tu belleza y con tu modestia. En eso fuiste como este pajarito de la aurora, que no quiso cantar.

Siempre se empeñan en lo mismo. Todos dicen: «Está como dormida». «Está mejor después de muerta».

Y es una piadosa, pero también cruel mentira.

¿Cómo había de quedar? Fué una lucha sorda y traicionera por parte de la muerte. Para rendir la plaza le quitó la apetencia. Y la plaza se rindió por falta de energías.

Sin embargo, en las horas últimas, ¿de dónde recogiste la sublime entereza?

Sin duda, las energías de tu espíritu sobrevivieron a las energías físicas. Así, pudiste hablar, con palabras serenas, firmes y sencillas —palabras que ponían hirsutos de frío los cabe-

llos—, a tu novio, a tu hermano y a tu madre.

«Ven» —ibas diciendo a cada uno—, ven. Voy a morir dentro de unos instantes. No me interrumpas, que no puedo hablar más que algunas palabras... Te he llamado para pedirte, para decirte... para despedirte; ¡pobre madre!, ¡qué sola te quedas!

Y la niña tenía veinte años e hizo llorar —sin llorar ella—, a hombres y mujeres.

¡Que no muramos en un hotel! ¡Que muramos en una choza o en un camino antes que morir en una fonda! Por evitar escalofríos ligeros a los sanos huéspedes, nos arrojarán de ella recién muertos y acrecentarán el dolor de nuestros deudos. Tendremos que salir por las escaleras de servidumbre, empinadas y estrechas, como corridos de vergüenza, temerosos de la mirada ajena, dando golpes con nuestros pobres huesos en las maderas del féretro.

Así bajaste tú, pobre niña querida, a las tres de la madrugada, como a escondidas, por la escalera falsa.

Tú, para quien tus padres no encontraban palacio bueno en el mundo, ni cariños, ni comodidades bastantes.

Tu madre había vivido para ti, absolutamente para ti, minuto por minuto, la vida entera, y de

pronto vino un tío con galones y ordenó que habías de salir al amparo —¡al desamparo!— de la noche por la escalera falsa.

Esta fué tu primera separación de tu madre.

Volvimos a salir. Recuerdo que nos acompañaba el conserje de la sacramental y que hablamos de las personas conocidas que había por aquellos suelos, y del número de patios, y de la posibilidad del ensanche, y del frío y de las estrellas. También, de vez en cuando, exclamábamos: «Parece que hay más luz; debe empezar ya el alba». Y era sólo el deseo.

El ánimo no podía permanecer en la misma tensión horas y horas; por eso hablamos de cosas baladíes. Y hasta pedimos café para reconfortar el cuerpo aterido. Sin embargo, todo esto nos parecía una gran irreverencia. Y, en descargo, volvimos a ir al depósito.

Dove vai? Chi ti chiama
Lunge dai cari tuoi,
Bellissima donzella?

De estos versos de Leopardi me acordé varias veces.

LIBRO CUARTO

LABOR BREVE Y PARALELA

DUDAS DEL LABRADOR

Rojas garbas de ensueño, que en los silos
de mi conciencia os vais amontonando
¿llegaréis al otoño de mi vida?
¿me bastaréis para un viaje largo?

OTOÑAL

Otoño, has penetrado con sigilo en mis venas.
¿Qué son, si nó, estos soplos de crudeza y [templanza
que matan los verdores, que doran la esperanza?
Y estos oros ¿no son la ironía de las penas?
Otoño, ¿has escalado las erectas almenas
de mi torre? ¡Oh vencida torre, donde mi lanza
juvenil es juguete del aquilón que avanza!
¡Cómo sonríes, pobre torre de mis cadenas,
torre de mis escapes, de mis vuelos románticos
de mis horas sin luz!...
Es Otoño el que ha puesto la sonrisa en tu [boca
y ha de poner especia nueva en tus nuevos cán- [ticos,
y en el asta eminente, en vez de seda loca,
una piadosa cruz.

RITMO ROTO

He perdido el ritmo
y sólo veo fealdad:
deshechas las arquitecturas;
los colores sin separar;
las palabras, vasos
rotos, que cortan la verdad.

He perdido el ritmo
y sólo veo mi maldad.
No entiendo mis palabras viejas
ni tampoco lo que es suspirar.
El bien se quebró en mi alma
y no lo pegaré jamás.

¿Son los años?, ¡dime!
Yo sólo supe meditar;
y acaso, acaso se deforme
el mundo con el pensar.
¡Dime! ¡Dime! ¿Dónde hallo el ritmo
de dulce y hondo compás?

¿En el mundo de las personas?
¿En la selva montaraz?
¿En el río, en el cielo? ¿En dónde?

Dios me pudiera mandar
un afinador, de su cielo,
para este armonio que anda mal:
que decae, disuena y chilla,
y es, la avellana de mi mal.

LA MEDITACION

Un cerco de finas púas
ciñe toda meditación;
cada entrada en el cercado
es estría en el corazón,
o cabello cano en el pelo,
o en la frente duro tachón.
Pero, ¿quién rehuye la entrada?
¿Quién se queda sin ver a Dios?

COMO UNA COPLA

UNA estrella se corrió.
Es el alma de un penado
que va camino de Dios.

NOCHES CLÁSICAS

I

La luna fresca
de Agosto, lleva
lejos, muy lejos,
la incontinencia
del pensamiento.

¿Quieres huir
conmigo, a donde
yo solo fuí
por los amores
para ti?

Pon tu mejilla
junto a la mía;
dame la mano;
quiéreme y mira
el disco santo.

Lo demás, ello
solo se hará...
lejos, muy lejos
es donde está
lo que queremos.

II

Suenan *tintanes*
bellos, lejanos,
breves...
¿Hay algo
que se compare
con la falange
de estrellas?
«¡Algo!»
me dice alguien
que mucho amo.
¡Algo!...
¡Tú eres la clave!
digo, y... lejanos
suenan *tintanes*
bellos y largos.

III

Estoy mirando
en mi pensamiento,
lo negro y vacuo
de todo esfuerzo,
de todo aplauso.
Estoy mirando

sin pensamiento,
lo azul y amplio
del universo
cuando te amo.

EXTRAÑEZA

Eres tú mismo
quien ayer hablaba
en aquellos sitios,
con aquellos hombres
y aquellas mujeres?
¿Te reconoces?
Atiende, amigo:
El sol del alba
cambia en su giro
por luz de cobre
su luz de oro;
mas siempre es luz y lo contrario noche.
¿Cómo han podido,
tu paladar
y tu lengua, unidos,
hallar los nombres
de sentimientos pardos
y pesares deformes?
¿Eres tú mismo
entre aquellos hombres?
Tu espíritu antiguo
no te reconoce.

TARDE ROMÁNTICA

Cómo te gusta la tarde!
—Paloma quisiera ser;
volar al cielo que arde.
—Arde sólo en un rincón.
Pasa en el cielo lo mismo
que pasa en tu corazón.

¡QUE DIGA...!

Ay, nuevo sol, nuevo día...!
¿Os enfurece mi gesto?
Que diga la noche fría,
que diga dónde se fueron
las cosas que yo tenía
para vivir más contento...

COINCIDENCIAS

TIENE la luna
belleza y frío:
en ambas cosas
está contigo.

Tiene el infierno
fuego y suplicio.
en ambas cosas
está conmigo.

CUANDO TÚ

Cuando tú, con esa cara
de morita pensativa,
me dices: «Yo me confío
a tu mano; sé mi guía»;
noto más brillo en el campo,
más rosa en la perspectiva,
y una sutil confianza
en el centro de mi vida.
Cuando tú, con esa cara
de morita pensativa
me dices: «Ya, para siempre,
es tuya la mano mía».

AL PASO DE LAS NUBES

I

En qué orillas detendréis
vuestro impulso aventurero,
blancos navíos celestes?
En las orillas del cielo,
donde se sientan las vírgenes
a saludar pensamientos.

II

Nubes de cañón, redondas,
hay en la azul lejanía.
¡Bellos disparos, sin fuego,
sin artilleros, sin víctimas!

III

Son de un linaje subido,
Son aristócratas, saben
moverse en el infinito.

IV

Las pocas nubes que había
se corrieron al ocaso.
Ellas son agradecidas.
¡El sol, les prestaba tanto...!

V

¡Nubes sin amor, oscuras,
nubes sin inteligencia,
nubes sin luz ni alegría,
alejaos de mi conciencia!

A DESTIEMPO

Ya es tarde:
Son de oro los picos de los árboles;
acuden los vencejos; el silencio se expande;
vienen los luceritos a ver al sol en balde.

Ya es tarde:
Se han perdido un ocaso admirable.
¡Pobres! Pobres luceros si acaso, acaso saben
que están predestinados a llegar siempre tarde.

Ya es tarde:
Sí, querida; cien posibilidades
han quedado, por siempre jamás, sin desflorarse.
Yo he buscado... yo tuve... ¿a qué voy a con-
[tarte.

Es una historia gris, una fábula mate.
Una explosión de afecto lanzada un día al aire,
a la que el eco dijo:
«Ya es tarde».

LO QUE ES LEY

Este derroche lento, pertinaz, voluntario
del corazón transido,
tendrá su fin, su triste decadencia de Otoño
y de sol vespertino.
Entonces la crudeza de estas cosas tempranas,
se habrá desvanecido
y no será la fibra de la pasión quien lleve
el lábaro divino.
La diosa esquivará trato con mi ruina.
Entonces mi dominio
del matiz, del adorno, la gracia y la armonía
tocará lo infinito
y sobre una carroza de marfil y de oro,
como el rey don Rodrigo,
recamado de joyas, moriré como debe
morir lo decaído.

A UN HOMBRE SIN TACHA

No hay muchas canas puras.
La plata que serpea
por el mundo, se ensucia.

Tu barba noble y cana,
es nieve sin mancilla
en este Guadarrama

negro, cortante y frío,
de gentes sin conciencia
o pícaros de oficio.

Quien llegue a los cincuenta
como el almo vellón,
y maltratada vea

su personalidad,
como el gallo del alba
decir su canto límpido podrá.

¡Pureza! ¡Un cielo puro
donde torres y chozas
perfilen su dibujo...!

¡Pureza! Mantel blanco
para que el pan moreno
se destaque más cálido...

¡Pureza! Cristal vivo
donde destelle el alma
a los ojos divinos...

¡Pureza! Recio escudo
contre el dragón que arrastra
la inmundicia del mundo...

Vengan a ti los malos;
vengan a ti los fuertes;
contra el justo varón
no hay veneno de sierpe.

Preñada de ufanía,
tu bandera en el asta
dirá: soy de la torre
pura que Dios amasa.

Y el enemigo torvo
que escucha a la bandera,
tendrá que hundir la nuca
para siempre en la tierra.

SALPICONES DEL MAR

TROZOS

El mar tiene enseñanzas para toda ocasion:
el verdadero mar, el del agua y los peces,
que el mar de la campiña, el de las muchedum-
[bres,
ése sabe de historia, de lógica y de leves.

El mar lame la roca, el mar tritura amarras,
el mar es imponente y es sedante, y resuella
y escupe al cielo, y ruge, y susurra amoroso,
y es negro, y se tachona de lunas y de estrellas.

No pierde nunca el móvil,
y en su rimar eterno
hay latente un zarpazo
puro y sanguinolento.

Caben en él las flores
y los bichos absurdos.
La perla y el erizo,
el veneno y el fruto.

En el mar, ondulado como una cabellera,
flotan inverosímiles nuececillas con velas.
Son las aspiraciones, los ideales blancos
que bogan por el alma de los gentíos sanos.

¿ES UN LAGO?

PUEBLO mío, la duda me tienta con su amago.
¿Eres como el San Jorge de acero, me-
[dioeval,
o eres un pusilánime y melindroso lago,
sin bucles tormentosos en tu faz de cristal?

El lago se rodea de empenachados montes
que no dejan pasar los vientos insurgentes;
el lago es un miope que no tiene horizontes
y sonríe a la paz como los inocentes.

Las orillas del mar ¡qué abiertas y qué llanas!
Por ellas cruzan libres los céfiros cambiantes,
y son tibios regazos para las caravanas
y pájaros nacidos en países distantes.

LA FACA VIRGEN

Este hierro de la calle
—con sus tufos— tiene horas.
Por eso, mientras no llegan,
duerme en la faja o la cómoda.

¡Oh, luna creciente y fría,
afilada y silenciosa!
Todos los enamorados
plebeyos aman tu hoja;
y en una noche de vinos
o de celos, y de sombras,
partirás, fría y callada,
las entrañas temblorosas
con la firmeza impasible
con que parte el mar la proa.

SOMBRAS Y LUCES

En una colina señera
que atalaya el mar y la tierra,

invadido de amor por las cosas
y bañado en sus puros aromas,

yo me di a la madeja que arde,
y salí de las cosas avante.

Ya la luz, y la forma, y el tono,
la marina, y el bosque y el lobo,

realizaron en mí su misterio,
y quedaron huídos reflejos.

Fueron luz que prendieron mi mecha;
aspas raudas de mi inteligencia;

porque luego entendí que eran sombras
de algo incólume y grácil las cosas

. . . . . .

Al dejar la madeja que arde
comenzaron de nuevo a brindarme

su alegato la mar, la colina,
el pastor y la bestia maligna.

Y yo dije: Benditas las cosas,
porque son proyecciones y sombras;

y provocan la adivinación
de las últimas, claras verdades.

Por aquéllas yo vivo en amor
y por éstas daría mi sangre.

EN MEMORIA DE DON FRANCISCO GINER

DE SU RELIGIÓN

Tú, fuerte en la luz lenta, eras un corazón.
Y por serlo manabas en una estepa dura
como fuente que vierte su trémula emoción
generosa, impelida de célica ternura.

Tú, fuerte en la luz lenta, eras un corazón.
Llena tu vida está de efluvios fervorosos.
Yo no he visto más honda y firme religión
que la desparramada por tus labios gozosos.

DE SU GRACIA

Por una cobardía bien humana,
huyo a buscarte al encinar del Pardo
que inundaste de gracia redentora,
hoy que un sudario blanco
sujeta férreamente
tus pies inquietos y ardorosas manos,
inertes para siempre
como tu corazón iluminado.

DE SU AMOR A LAS FLORES

Las que son alma del campo,
las florecillas silvestres,
el jacinto y el romero,
y el tomillo dulce y fuerte,
como los quisiste tanto
vinieron del campo a verte;
te rodearon el lecho,
y con sus aromas leves,
van abriéndote el camino
por los espacios celestes.

PENSANDO EN DON FRANCISCO DÍAS DESPUÉS

ABUELO, ¿y aquel deseo
de catar todas las fuentes,
de morder todos los frutos,
de besar todas las frentes?

DIRÁN USTEDES MAÑANA

DIRÁN ustedes: En cada letra de cada hoja
remuévense como pajarillos en el nido
las aflicciones, las esperanzas, los entusiasmos,
las endebleces, la vida de un desconocido.

Dirán ustedes: Como la espada de Roldán en
[la piedra
fué su sentimiento marcando las hojas.
Resulta bueno, torpe, malo, experto.
¡Verdad! Mas le llegaban lágrimas a la boca.

Y dirán ustedes, al llegar, al llegar a los días
serenos de la virilidad,
—cuando resulta vana toda caligrafía—,
dirán ustedes: Este no me quiso engañar.

SENTIMIENTO DE TRASLACIÓN

HEMOS abierto el día con penosa labor;
después, volviendo a casa, nos bañamos
[de sol,
de céfiro suave, parqueño, y de armonía:
la que daban al parque las púberes chiquillas.

Hemos partido el pan y el vino en nuestra
[mesa
como los pescadores y Jesús de Judea;
y el resto de la tarde fué para la fatiga
normal que exige Dios al oscuro adanida.

¡Una jornada más
de esperanza que huye y presa realidad,
de ocasión escapada y de bendito afán!
Pero todo en un ámbito tranquilo y patriarcal.

Y en tanto...
Verdes aguas
marinas, bullidoras o serenas, y amargas,
son escenario frío de fulminantes dramas.
¡Mira cuántos destilan sangre bebiendo agua!

Y en tanto...
Negras zanjas,
abiertas cara a Dios, henchidas de fantasmas,
son escenario estrecho de impetuosos dramas.
¡Cuánta noble cabeza es colmena de balas!

Y en tanto...
Por las mansas
y etéreas altitudes pasan rígidas bandas;
y es el aire también escenario de dramas.
¡Mira cómo voltea un hombre y se desalma!

Y en tanto...
Nieves llanas,
nieves de pico, nieves de cabezas de anciana,
nieves de corazón que nunca tuvo alma
son escenarios blancos salpicados de grana.

Y en tanto...
En tanto, pasan
y no vuelven... El cielo no puede con las almas.
Y en la tierra millones de cabecitas blandas,
sin saber su orfandad, miran al cielo extáticas.

TRES VÍCTIMAS DE LA GRAN GUERRA

I

MUJER BELGA

SEMBRADORA vestida de azul y cofia blanca
—rubia, mucho más rubia que la reina de
[España—
que ayer, cuando esparcías la simiente dorada,
tus virginales pechos puramente mostrabas,
¿qué te pasó, querida?
—Nada, no pasó nada.
Fueron... los invasores...
Y en un plato de plata
sus dos senos traía como antaño la santa.

II

MUJER FRANCESA

(Trozo de carta desde un pueblecito.)

«Vinieron por el potro y el coche esta mañana.
Aún me quedan mi Jacques—que es médico—
[y su jaca.
La pobre tiene un bulto maligno que le salva.
Mi Jacques y el viejo preste son las únicas al-
[mas
de varón que transitan por las calles extáticas.
Jacques triste. Yo, no sé paladear la gracia
de ser la única madre junto a cien aldeanas.»

III

MUJER ALEMANA

La famosa doncella
del Rhin, no canta más.
Huyó de Heine; en cambio
lleva un «Hut» de bazar.
Prefirió a las romanzas
lunáticas, la paz
que le ofreció dichoso
un «social-democrat».

Mas todo fué al diablo.
(Zum Teufel noch ein mal!)
armado hasta los dientes
se han llevado a su Franz.

NOTA:

«Heine», vate francófilo
y semita, además.
«Der Hut», es el sombrero.
«Zum Teufel noch ein mal»
es una imprecación,
y «social-democrat»,
es el hombre pacífico
que se llamaba Franz.

BROMAS

Se hacen bellas trenzas
de cabellos largos;
si el cabello es corto
la trenza es un rabo.

Pretende mi amigo
trenzar sus ideas;
pero como tiene
rasa la mollera...

De cabellos largos,
¡qué bonitas trenzas!
Los cabellos cortos
sólo dan coletas.

ÍNDICE

Páginas

EXPLICACIÓN.. 15

LIBRO I.

Eximino, el presbítero *(cuento)*..... 27

CAPRICHOS ROMÁNICOS:

Las ceremonias..... 45
La venganza..... 48
La obediencia..... 50

CAPRICHOS GÓTICOS:

Monólogo de un hombre antiguo..... 59
Al habla con el arquitecto..... 63
El entallador sombrío..... 66
La dama del parteluz 68
Los diablos 70

SABANDIJAS HUMANAS:

Sabandijas humanas..... 81
La Mari-Bárbola..... 83
Eugenia Martínez Vallejo. 84
Don Sebastián de Morra..... 85

El niño de Vallecas..... 86
«El Primo»..... 87
«El Inglés»..... 88
Nicolasito..... 89

LIBRO II.

BESTIARIO:

Dedicatoria: *Carta a una señora*..... 95
La cabra..... 102
El gallo..... 104
El asno..... 106
El caracol..... 108
La cotorra..... 109
La araña..... 110
El buey..... 111
La rana..... 112
El mono..... 114
Los gansos..... 115
El cerdo..... 116
La lagartija..... 117
El perro..... 118
El faisán..... 119
El antílope..... 120
El buho..... 121
El elefante..... 122
La hormiga..... 123
La zorra..... 124
El pez colorado..... 125
El pavo vulgar..... 126
El canario..... 127
El cisne..... 128
El flamenco..... 129

La mosca 130
La paloma 131
El dromedario y el camello, ... 132
El oso 133
El escarabajo 134
La tortuga 135
La avispa 136
La innominable 137
El lagarto 138
La cigüeña 139
El conejo 140
El ratón 141
El buitre 142
La ardilla 143
El canguro 144
El avestruz 145
La llama del Perú 146
El caballo 147
La mula 148
El león 149
Anécdota del Bestiario 150
Preocupaciones 151
Los problemas del Bestiario 152
El Bestiario en su retiro ideal 158

LIBRO III.—EPITAFIOS:

Un poco sonámbulo 173
Era inmortal 181
Era mística 181
Era francesa 182
Era tolerante 182

Era osado..... 183
Era bella 183
Era el espíritu..... 184
Era la indiferencia..... 184
Era valiente..... 185
Era taimado..... 185
Era generoso..... 186
Era farsante..... 186
Era el héroe..... 187
Era el orgullo 187
Era lo inatacable 188
Era flor de ideas..... 188
Era la pasión..... 189
Fué la continencia..... 189
Era... 191
Era la maestría..... 190
Era el desenfado..... 181
Era la inquietud..... 191
Fué la resignación 192
Era poeta..... 192
Era un hombre 193
Fué casquivana..... 193
Fué la musa silenciosa..... 194
Era la mesura..... 194
Era otra cosa 195
Era la envidia..... 195
No era de aquí ni de allá..... 196
Virgen 196
Era la palabra santa 197
Era el resentido..... 197
Fué la delicadeza..... 198
Era cándido..... 198

El último epitafio:

Nota 201
Recuerdos de una noche siniestra..... . 202

LIBRO IV (Poesías).

Labor breve y paralela:

Dudas del labrador..... 211
Otoñal 212
Ritmo roto..... 213
La meditación..... 215
Como una copla..... 216
Noches clásicas..... 217
Extrañeza..... 220
Tarde romántica..... 221
¡Que diga...!..... 222
Coincidencias..... 223
Cuando tú... 224
Al paso de las nubes..... 225
A destiempo 227
Lo que es ley 228
A un hombre sin tacha..... 229
Salpicones del mar 231
¿Es un lago?..... 232
La faca virgen..... 233
Sombras y luces..... 234
En memoria de D. Francisco Giner..... 236
Pensando en D. Francisco días después. 238
Dirán ustedes mañana..... 239
Sentimiento de traslación 240
Tres víctimas de la Gran Guerra..... 242
Bromas..... 245

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
31	17	*cernul*	*ceruul*
142	2	rapidez	rapacidad
148	3	dibujaron	dibujarán
161	21	después de Cartagena	Esto era en Málaga y el barco salía de Cádiz para Buenos Aires
202	17	de las formas	de formas
203	25	su losa	una losa